ÚRSULA GUARNIDO

Quererte es arriesgado



Quererte es arriesgado

Úrsula Guarnido

Quererte es arriesgado
Úrsula Guarnido

Copyright © 2025 por Úrsula Guarnido.
Todos los derechos reservados.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este material, en cualquier forma o por cualquier medio, sin el permiso expreso de la autora.
Todos los personajes, situaciones entre ellos y acontecimientos que aparecen en el libro son totalmente ficticios. Cualquier parecido con personas, vivas o muertas, o acontecimientos es pura coincidencia.
El libro describe algunas escenas de sexo explícito, por lo que no es apto para lectores menores de 18 años o de la edad legal del país del lector, o si las leyes de tu país no lo permiten.
Para más información, ursulaguarnido@gmail.com

Índice

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Epílogo

Capítulo 1

Lilith

Las hojas doradas de otoño parecían bailar en pequeños remolinos junto a la mesa en la que estaba sentada. Siempre elegía la misma zona en “El Rincón de los Libros”, esa cafetería a dos manzanas del campus que se había convertido en mi refugio. Algo en la luz cálida que se filtraba por los amplios ventanales y se derramaba sobre las mesas creaba el ambiente perfecto para poder sumergirme en mis pensamientos. Eso, y que el café era infinitamente mejor que el agua turbia que servían en la cafetería de la universidad.

Abrí mi cuaderno de apuntes, pasando los dedos por las páginas donde había garabateado durante la última clase de Narrativa Experimental. Mi letra se volvía casi ilegible cuando me emocionaba demasiado con algún concepto, y la profesora Carmen Vega tenía la capacidad de provocar ese efecto en mí con más frecuencia de la que me gustaría admitir.

Carmen. Incluso pensar en su nombre hacía que una corriente eléctrica recorriera mi espalda.

—¿Lo mismo de siempre, Lilith? —La voz de Marta, la camarera del turno de tarde, interrumpió mis pensamientos.

—Sí, por favor —respondí con una sonrisa—. Y tal vez una porción de ese pastel de zanahoria que vi al entrar.

—Trabajando duro otra vez, ¿eh? —comentó Marta mientras anotaba mi pedido—. A veces me pregunto si vives aquí.

—A veces yo también me lo pregunto —bromeé, acomodando un mechón rebelde de mi cabello detrás de la oreja.

Marta se alejó con ese andar ligero que la caracterizaba, dejándome a solas con mis pensamientos y el trabajo que me esperaba. Me acomodé mejor en la silla, estirando las piernas enfundadas en mis pantalones vaqueros favoritos. Había optado por un look sencillo pero que me hacía sentir segura: una blusa de algodón color vino suelta pero elegante, un par de botas de cuero gastado que habían recorrido conmigo media América Latina durante mi año sabático, y un collar de plata con una pequeña piedra azul que había pertenecido a mi abuela.

El sonido ambiental de la cafetería; las conversaciones apagadas, el tintineo de tazas, la música indie a un volumen discreto, todo ello creaba el telón de fondo perfecto para mi mente funcionase a la perfección en este lugar. Abrí mi ordenador portátil y accedí al correo electrónico que había estado revisando obsesivamente desde hacía tres días.

De: Carmen Vega

Para: Lilith Montero

Asunto: Re: Borrador preliminar - Narrativa fragmentada

Estimada Lilith,

He leído con interés su propuesta para el trabajo de fin de curso. Su aproximación a la narrativa fragmentada a través de la memoria colectiva en contextos post-dictatoriales muestra una profundidad analítica poco común en este nivel académico.

Considero que la dirección es prometedora, aunque le sugeriría expandir su análisis sobre Piglia y su teoría de las dos historias. Su intuición sobre la conexión entre la estructura fragmentada y la experiencia traumática tiene potencial para convertirse en una tesis

sólida.
Estoy disponible para discutir estos puntos en mi horario de oficina si lo considera necesario.
Atentamente,
Dra. Carmen Vega
Departamento de Literatura Contemporánea
Algo en la formalidad cortante de aquel correo me resultaba fascinante. A sus 36 años, Carmen Vega, se había convertido en una de las académicas más respetadas en el campo de la literatura latinoamericana contemporánea. Sus artículos eran citados constantemente, y su libro sobre narrativas fronterizas había ganado un premio importante el año anterior. Y sin embargo, mantenía esa distancia profesional que resultaba, para mí al menos, increíblemente intrigante.
Di un sorbo al café mientras mi mente vagaba hacia aquel primer día de clase, hacía ya casi dos meses.
Carmen había entrado al aula con paso firme, sin titubeos. El taconeo de sus zapatos sobre el suelo de madera había silenciado inmediatamente el murmullo de los estudiantes. Vestía un traje sastre azul marino impecable que contrastaba con la vestimenta informal general del departamento de Literatura, donde la mayoría de los profesores parecían competir por quién podía lucir más excéntricamente bohemio.
“Buenos días,” había dicho con voz clara y sin alzarla demasiado, sabiendo que tenía nuestra atención plena. “Soy la doctora Carmen Vega y durante este semestre exploraremos los límites y posibilidades de la narrativa experimental en contextos hispanohablantes.”
Recuerdo haber quedado fascinada por la elegancia de sus movimientos mientras organizaba los materiales. Su cabello castaño, recogido en un moño bajo, acentuaba unos rasgos bien definidos: pómulos altos, nariz recta, labios finos pero expresivos. Había algo en la intensidad de su mirada que resultaba casi hipnótico, como si pudiera ver a través de cualquier pretensión o mentira.
Cuando nuestras miradas se cruzaron brevemente aquel primer día, sentí algo similar a un cortocircuito en mi interior. Ella apartó los ojos casi de inmediato, pero ese instante quedó grabado en mi memoria con una claridad desconcertante.
Mordisqueé de manera distraída el tenedor mientras probaba el pastel de zanahoria. Estaba delicioso, pero mi mente seguía en aquel aula, en las clases que seguiría a aquella, donde la doctora Vega, Carmen, como la llamaba en mis pensamientos más privados, desgranaba complejas teorías literarias con una pasión contenida que solo se revelaba en pequeños detalles. Podía ver el brillo en sus ojos cuando hablaba de Cortázar, la forma en que su voz adquiría un matiz más cálido al referirse a la obra de Clarice Lispector, el sutil movimiento de sus manos cuando explicaba conceptos particularmente complejos.
Suspiré y volví a mi trabajo. Necesitaba elaborar un borrador más completo basado en sus comentarios. Abrí un documento nuevo y comencé a escribir, pero mi mente seguía desviándose hacia recuerdos que nada tenían que ver con la tesis.
A veces me preguntaba si mi fascinación por Carmen Vega tenía sus raíces en algo más profundo que la mera admiración académica. Quizás se remontaba a aquellos años de soledad en San Cristóbal, el pequeño pueblo en las montañas donde crecí, cuando los libros se convirtieron en mi único escape.
Mi padre, un médico rural siempre ocupado con emergencias a todas horas, y mi madre, maestra en la única escuela del pueblo, hacían lo que podían. Aun así, yo siempre fui una

niña demasiado inquieta, demasiado curiosa para aquel lugar donde el horizonte parecía terminar en las montañas que nos rodeaban. La biblioteca municipal, pequeña pero sorprendentemente bien surtida gracias a la testarudez de doña Elvira, la bibliotecaria jubilada, se convirtió en mi verdadero hogar.

Allí descubrí a Borges, a García Márquez, a Rulfo. Sus mundos me ofrecían lo que San Cristóbal no podía: infinitas posibilidades, vidas alternativas, realidades donde lo imposible ocurría con naturalidad. Cuando leía, las montañas desaparecían y el horizonte se expandía hasta el infinito.

Quizás por eso ahora me sentía tan atraída por alguien como Carmen Vega, que había dedicado su vida a explorar esos mismos mundos que me salvaron en la infancia, que hablaba de la literatura con la seriedad de quien comprende su poder transformador.

Tomé otro sorbo de café, ahora tibio, y regresé a mis notas. En la pantalla de mi portátil, el cursor parpadeaba de manera acusadora sobre la página casi en blanco. Abrí mi diario, un cuaderno de cuero gastado que me había acompañado durante los últimos tres años, y busqué los fragmentos del relato que estaba desarrollando para la clase de Carmen.

Era una historia sobre una profesora universitaria que descubría, entre los papeles de un escritor fallecido, un manuscrito que parecía narrar con exactitud perturbadora los acontecimientos de su propia vida, incluyendo su futura muerte. La estructura era deliberadamente fragmentaria, con saltos temporales y perspectivas cambiantes que pretendían desestabilizar la experiencia del lector.

—¿Otro café? —preguntó Marta, interrumpiendo mi concentración.

—Sí, por favor —respondí, notando que ya había oscurecido afuera. Las luces de la cafetería se habían encendido, creando un ambiente aún más íntimo—. ¿Qué hora es?

—Son casi las siete —respondió Marta con una sonrisa—. Te quedaste en trance otra vez, ¿eh?

—El tiempo siempre se me escapa entre los dedos aquí —admití, estirándome ligeramente.

—Debe ser un trabajo importante —comentó, mirando curiosa la pantalla de mi portátil.

—Es para la doctora Vega —expliqué, consciente de que el simple hecho de pronunciar su nombre aceleraba ligeramente mi pulso—. Su curso de Narrativa Experimental.

—Ah, la profesora guapa del departamento de Literatura —asintió Marta—. La he visto pasar por aquí algunas veces. Siempre pide un espresso solo y nunca usa el azúcar.

Esa pequeña información, tan trivial como era, me produjo una extraña satisfacción. Un detalle más para añadir al rompecabezas que era Carmen Vega en mi mente. Me pregunté cómo sería conversar con ella en un lugar como este, lejos de las aulas y los pasillos universitarios. ¿Mantendría esa compostura elegante o se permitiría alguna vulnerabilidad? ¿Sonreiría más? ¿Hablaría de literatura con la misma pasión contenida o se dejaría llevar por el entusiasmo?

¿Cómo sonaría mi nombre en sus labios, no como “señorita Montero” sino como “Lilith”, pronunciado quizás en un tono más íntimo, más personal?

Sacudí ligeramente la cabeza, consciente de que mis pensamientos estaban tomando un rumbo peligroso. Carmen Vega era mi profesora, una académica respetada doce años mayor que yo. Cualquier fantasía sobre una relación que trascendiera lo estrictamente académico era precisamente eso: una fantasía.

Y sin embargo...

Mi teléfono vibró sobre la mesa, mostrando una notificación de Valeria, mi compañera de piso, preguntándome si cenaría en casa. Respondí que no me esperara, decidida a

permanecer en la cafetería hasta terminar al menos un borrador decente. La idea de presentarme a la clase de mañana con algo que pudiera impresionar a Carmen me resultaba demasiado tentadora.

Volví a mi relato, escribiendo con renovada concentración. Las palabras fluían ahora con más facilidad, como si la breve interrupción hubiera despejado algún bloqueo invisible. Describí a mi protagonista con un cuidado especial, consciente de que, aunque no era exactamente Carmen Vega, compartía con ella ciertos rasgos: esa intensidad contenida, ese rigor intelectual, esa elegancia discreta pero innegable.

Las horas pasaron de manera imperceptible mientras me sumergía en la creación de aquel mundo ficticio. Cuando finalmente levanté la vista, la cafetería estaba casi vacía. Solo quedaban un par de estudiantes en una mesa alejada y Marta, quien limpiaba el mostrador con movimientos mecánicos, evidentemente cansada después de un largo día de trabajo.

—Estamos a punto de cerrar, cielo —me informó cuando notó que la miraba.

—Claro, lo siento —respondí, comenzando a guardar mis cosas—. Perdí la noción del tiempo.

—Como siempre —sonrió ella—. Pero debe ser bueno, lo que sea que estés escribiendo. Nunca te había visto tan concentrada.

Guardé mi portátil en la mochila y dejé un billete sobre la mesa que cubría ampliamente mi consumo y una generosa propina. La adrenalina de la escritura prolongada aún corría por mis venas, mezclándose con la anticipación de la clase de mañana.

Mientras caminaba hacia mi apartamento bajo el cielo estrellado, repasaba mentalmente lo que había escrito. Era bueno, quizás lo mejor que había producido hasta ahora. Me preguntaba cómo reaccionaría Carmen al leerlo, si vería en aquellas páginas lo que yo había intentado transmitir: no solo una historia, sino una invitación a un diálogo más profundo, más personal.

¿Reconocería algo de sí misma en aquel personaje que había creado pensando en ella? ¿Sentiría, como yo al escribirlo, esa extraña mezcla de fascinación y temor ante la posibilidad de conocer realmente a alguien, de ser realmente conocida?

Una suave brisa otoñal agitó las hojas a mi paso, y sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el clima. Mañana entregaría mi borrador y observaría atentamente la reacción de Carmen Vega. Cada gesto, cada palabra, cada mirada sería analizada en busca de algún indicio, alguna grieta en esa fachada profesional que permitiera vislumbrar a la mujer detrás de la profesora universitaria.

Capítulo 2

Carmen

El silencio de mi despacho, roto únicamente por el suave rasgueo de la pluma sobre el papel, solía ser mi refugio favorito. Sin embargo, aquella tarde, mientras revisaba los últimos ensayos del seminario de Narrativa Experimental, cada página me arrastraba más hacia un estado de frustración.

“Superficial”, escribí en el margen de uno de los trabajos, incapaz de contener la decepción. Tres años como profesora titular en el Departamento de Literatura Contemporánea deberían haberme acostumbrado a la mediocridad ocasional, pero siempre guardaba la esperanza de encontrar algo extraordinario entre un mar de ensayos predecibles.

Dejé la pluma sobre el escritorio y me froté las sienes. Mi despacho era pequeño pero ordenado, con estanterías repletas de libros meticulosamente organizados por tema y autor. A mi derecha, una vitrina discreta protegía los premios literarios que había acumulado a lo largo de mi carrera académica. Frente a mí, la ventana ofrecía una vista del campus universitario, donde los estudiantes se movían como hormigas, ajenos a mi escrutinio.

Tomé un sorbo de mi taza de té, ya frío, y continué con el siguiente ensayo. Tres páginas después, mis ojos se detuvieron en un pasaje peculiar que despertó mi interés. El análisis de la estructura fragmentada en Roberto Bolaño era sorprendentemente perspicaz, con una aproximación fresca que no había considerado antes. Con renovada atención, continué leyendo hasta la última página, donde el nombre de la autora me arrancó una sonrisa involuntaria: Lilith Montero.

Debería haberlo sabido. Desde el primer día de clase, aquella joven de 24 años con ojos expresivos y una presencia silenciosa pero magnética había destacado entre los demás. No era solo su inteligencia, sino su manera de abordar los textos: como si conversara con ellos en lugar de simplemente analizarlos.

Recordé la primera vez que leí uno de sus ensayos, hace apenas un mes. El modo en que había desmantelado la narrativa de García Márquez para luego reconstruirla con una precisión casi poética me había dejado sin aliento. Por un instante, me transportó a mis propios días como estudiante, cuando la literatura todavía me parecía un terreno ilimitado de posibilidades, antes de que el rigor académico y las exigencias de la vida adulta amortiguaran ese entusiasmo.

Un golpe en la puerta interrumpió mis pensamientos.

—Adelante —anuncié, recomponiendo mi expresión a una de serena profesionalidad.

Gabriel Méndez, profesor emérito de Teoría Literaria y uno de los pocos colegas que consideraba amigo, asomó su cabeza canosa.

—Carmen, ¿te interrumpo? —preguntó con su característica cordialidad.

—En absoluto —respondí, colocando el ensayo de Lilith boca abajo sobre los demás—. Estaba terminando de revisar unos trabajos.

Gabriel entró, cerrando la puerta tras él. A sus sesenta y tantos años, mantenía la vitalidad de un hombre mucho más joven, aunque su rostro mostraba las arrugas propias de una vida dedicada a la reflexión constante.

—Te noto algo diferente últimamente —comentó, tomando asiento frente a mí—. Más... animada.

—¿Animada? —repetí, arqueando una ceja—. No sé a qué te refieres.
—Vamos, Carmen. Te conozco desde que eras una brillante estudiante de doctorado. Reconozco esa chispa en tus ojos cuando algo—o alguien—te inspira.
Sentí un calor inesperado subiendo por mi cuello. Gabriel siempre había sido demasiado perceptivo para mi gusto.
—Solo estoy satisfecha con el nivel del seminario este semestre —respondí, desviando la mirada hacia la ventana—. Algunos estudiantes están mostrando un potencial interesante.
—¿Algunos? —Gabriel sonrió con picardía—. ¿O una en particular? He oído comentarios sobre la señorita Montero.
Mi expresión debió traicionarme, porque Gabriel soltó una suave carcajada.
—Lo sabía —dijo, inclinándose hacia adelante—. Siempre has sido transparente cuando encuentras a alguien con talento real. Era igual con tus compañeros de doctorado.
—Lilith tiene una perspectiva única —admití, intentando mantener un tono profesional—. Su análisis va más allá de lo académico, conecta con los textos a un nivel casi visceral. Es... refrescante.
—Refrescante —repitió Gabriel, como saboreando la palabra—. Interesante adjetivo.
—No empieces, Gabriel —le advertí, aunque sin verdadera severidad—. Solo aprecio su talento académico.
—Por supuesto —asintió, aunque el brillo en sus ojos sugería que no me creía del todo—. Como apreciabas el talento de Adrián cuando erais estudiantes.
La mención de mi exmarido me tensó de manera instantánea. Tres años después del divorcio, su nombre todavía provocaba una punzada de dolor.
—Eso fue muy diferente —respondí secamente—. Éramos colegas, ambos doctorandos.
—Y ahora tú eres la profesora y ella la estudiante —observó Gabriel—. Una línea muy clara.
—Exactamente —confirmé, agradecida por su comprensión—. Una línea que no tengo ninguna intención de cruzar.
Gabriel me estudió por un momento.
—Sabes, Carmen, ha pasado mucho tiempo desde Adrián. No todos los intelectuales brillantes están condenados a ser pésimas parejas.
Suspiré, recordando los años de matrimonio con un hombre que había pasado de ser mi igual intelectual a un competidor despiadado que veía mi éxito como una afrenta personal.
—No estoy buscando pareja, Gabriel. Estoy perfectamente satisfecha con mi vida como está. Mi investigación, mis clases...
—Tu colección de plumas estilográficas y tus noches solitarias corrigiendo ensayos —completó él, señalando la vitrina donde guardaba mi preciada colección—. Tienes 36 años, Carmen. La vida es más que publicaciones académicas.
—Lo dice el hombre que ha rechazado tres propuestas matrimoniales para dedicarse a escribir su magnum opus —repliqué con una sonrisa irónica.
Gabriel se rió, levantándose de la silla.
—Touché. Pero al menos yo no renuncié a la escritura creativa. Aún recuerdo tus cuentos, Carmen. Tenías un don.
Un nudo se formó en mi garganta. Hacía años que no pensaba en mis aspiraciones literarias, abandonadas por la seguridad de la carrera académica.
—La ficción era un pasatiempo, nada más —respondí, restándole importancia con un gesto —. La crítica literaria siempre fue mi verdadera vocación.

Gabriel me miró con algo parecido a la compasión, pero no insistió.
—Como digas. ¿Te unes al grupo para tomar algo? Varios colegas van al bar de siempre.
Negué con la cabeza, comenzando a recoger mis cosas.
—Tengo que terminar estas correcciones. Quizás otro día.
—Siempre dices lo mismo —suspiró Gabriel, dirigiéndose a la puerta—. Bueno, si cambias de opinión, ya sabes dónde encontrarnos.
Cuando la puerta se cerró tras él, permití que mis hombros se relajaran. Las conversaciones con Gabriel siempre me dejaban agotada, quizás porque veía demasiado en mí, cosas que yo misma prefería ignorar.
Miré el reloj: las seis y media. El campus estaría casi vacío ya. Guardé los ensayos en mi maletín de cuero, deteniéndome un instante para colocar el de Lilith en una carpeta separada. “Para revisar con más detalle”, me dije a mí misma, ignorando deliberadamente la pequeña emoción que sentí al pensar en volver a leerlo más tarde, en la intimidad de mi apartamento.
Mientras cerraba mi despacho, decidí pasar por la cafetería cercana al campus antes de volver a casa. Un espresso solo, sin azúcar, sería el acompañante perfecto para una noche de lectura.
El aire de principios de otoño era vigorizante mientras caminaba por el campus. Estudiantes rezagados se apresuraban hacia la biblioteca o los dormitorios, algunos saludándome respetuosamente al pasar. Mantuve mi expresión neutra, asintiendo en reconocimiento, aunque por dentro revisaba mentalmente los comentarios más destacados de Lilith en la clase de esa mañana.
Su intervención sobre la estructura fragmentada en Los detectives salvajes había sido particularmente brillante. La forma en que había conectado la ruptura narrativa con la experiencia del exilio, citando no solo a Bolaño sino estableciendo un diálogo con Cortázar y Piglia, demostraba una comprensión de la literatura latinoamericana que iba más allá de lo académico. Era como si sintiera los textos, como si las palabras resonaran en ella de un modo casi físico.
Me sorprendí sonriendo ante este recuerdo, y rápidamente recompuse mi expresión. Esta fascinación profesional, porque era estrictamente profesional, me aseguré a mí misma, con una estudiante era perfectamente normal. Como profesora, era natural sentirme estimulada intelectualmente por una alumna prometedora.
La campana de la puerta tintineó cuando entré en “El Rincón de los Libros”, la cafetería que frecuentaba ocasionalmente. El aroma a café recién molido me envolvió al instante. El local no estaba demasiado concurrido a esa hora, con algunos estudiantes dispersos en mesas individuales, la mayoría absortos en sus portátiles o libros.
Y entonces la vi.
Lilith Montero estaba sentada junto a la ventana, su perfil recortado contra la luz dorada del atardecer. Tenía el cabello oscuro y ondulado recogido de manera descuida, revelando la delicada curva de su cuello. Estaba inclinada sobre un cuaderno, escribiendo con una concentración absoluta, ajena al mundo que la rodeaba.
Por un instante, sentí el impulso de acercarme a ella, de preguntar en qué trabajaba con tanto ahínco. La idea me sobresaltó. Normalmente, evitaba interactuar con estudiantes fuera del contexto académico, manteniendo una distancia profesional que consideraba esencial.
—¿Lo de siempre, doctora Vega? —preguntó la camarera, interrumpiendo mis pensamientos.

—Sí, gracias, Marta. Un espresso solo para llevar, por favor.
Mientras esperaba mi pedido, observé a Lilith disimuladamente. Había algo hipnótico en la forma en que su mano se movía sobre el papel, en cómo mordía su labio inferior cuando se detenía a pensar, en la intensidad de su mirada. No escribía como quien completa una tarea académica, sino como quien crea algo vivo, palpitante.
Me pregunté si estaría trabajando en algún proyecto creativo propio. En su ensayo había mencionado de pasada su interés por la escritura de ficción, algo que había provocado en mí una mezcla de nostalgia y una extraña sensación de conexión que me había perturbado momentáneamente.
—Aquí tiene, doctora —dijo Marta, entregándome el vaso de papel—. ¿Seguro que no quiere acompañarlo con uno de nuestros croissants recién hechos? Están para morirse.
—No, gracias —respondí de manera automática, aunque mi estómago protestó ante la negativa. No había comido nada desde el mediodía.
Pagué el café y me dirigí hacia la salida, pasando deliberadamente lejos de la mesa de Lilith. Fue entonces cuando sucedió: ella levantó la mirada justo en el momento en que pasaba frente a su campo de visión. Nuestros ojos se encontraron por un breve instante, y vi cómo una expresión de reconocimiento y algo más; ¿sorpresa? ¿inquietud? cruzaba su rostro.
Sin detenerme, incliné levemente la cabeza en un saludo profesional y continué hacia la puerta. No podía permitirme interactuar con ella aquí, en este espacio que parecía existir en una dimensión diferente a las aulas universitarias, donde las jerarquías académicas se difuminaban y solo quedaban dos mujeres, una frente a la otra.
Ya en la calle, respiré el aire fresco, intentando calmar el inexplicable aceleramiento de mi corazón. ¿Qué me estaba pasando? Llevaba años tratando con estudiantes brillantes sin que ninguno provocara esta... perturbación en mi cuidadosamente ordenada existencia.
Mientras caminaba hacia mi apartamento, con el café calentando mis manos, me permití explorar una idea inquietante: quizás lo que me atraía de Lilith Montero no era solo su brillante intelecto, sino algo más fundamental, mucho más peligroso. Quizás veía en ella un reflejo de la persona que yo misma podría haber sido si hubiera tomado decisiones diferentes, si no hubiera abandonado la escritura creativa por la seguridad del mundo académico, si no hubiera permitido que mi matrimonio con Adrián sofocara esa parte de mí que creaba en lugar de analizar.
Aparté ese pensamiento de inmediato. Era inapropiado, poco profesional y potencialmente problemático. Lilith Montero era mi estudiante, doce años menor que yo, y cualquier interés que pudiera tener en ella debía limitarse estrictamente al ámbito académico.
Aun así, mientras giraba la llave en la cerradura de mi apartamento, no pude evitar preguntarme por qué esa joven ocupaba tanto espacio en mis pensamientos, y por qué la perspectiva de leer su ensayo nuevamente me producía una emoción que hacía tiempo no sentía.

Capítulo 3

Lilith

El sol de abril derramaba una luz dorada sobre la feria literaria, convirtiendo aquel parque del centro en un pequeño paraíso de carpas coloridas y libros. Muchos libros. Me ajusté la bolsa de tela que colgaba de mi hombro y contemplé con satisfacción el panorama: era como si todos los lectores de la ciudad hubieran decidido salir a respirar el mismo aire que yo aquel sábado perfecto.

—¿En serio vas a comprar más libros? Tu apartamento ya parece una biblioteca pública —bromeó Valeria mientras se acomodaba las gafas de sol sobre la cabeza.

—Como si tú no fueras a hacer exactamente lo mismo —respondí, señalando la expresión de avidez con la que mi amiga escaneaba los puestos—. Además, hay editoriales independientes que solo venden en estos eventos.

Valeria puso los ojos en blanco, pero sonrió. Nos conocíamos desde el primer año de universidad y compartíamos esa pasión desmedida por los libros, aunque sus intereses se inclinaban más hacia los romances, sobre todo si tenían escenas íntimas, mientras que yo me perdía en los laberintos de la narrativa experimental latinoamericana.

—Miguel viene en media hora —anunció, revisando su teléfono—. Quedamos aquí donde el puesto de limonada, ¿te parece?

No pude evitar un suspiro de frustración. Ya era la tercera vez este mes que Valeria abandonaba nuestros planes para encontrarse con su novio.

—Vale, ve a ser feliz con tu chico —respondí con un dramatismo exagerado—. Yo me quedaré aquí, sola, construyendo torres con libros para llenar el vacío de mi existencia.

—Ahora entiendo por qué la doctora Vega dice que tu prosa tiende al melodrama —bromeó, dándome un ligero empujón con el hombro—. Te veo en un rato, ¿vale? ¡Y, por favor, no te compres toda la feria!

La observé alejarse entre la multitud, un destello de cabello negro perdiéndose entre los puestos. De repente, me sentí curiosamente liberada. Había algo estimulante en la soledad de una feria literaria: la posibilidad de perderme entre libros sin tener que explicar a nadie por qué me detenía tanto tiempo en ciertos títulos o por qué descartaba otros tras apenas una ojeada.

El vestido de algodón que llevaba resultaba perfecto para aquel día; lo suficientemente fresco para el calor que empezaba a ser evidente, pero que era un complemento perfecto para mi chaqueta favorita.

Me detuve primero en un puesto especializado en literatura mexicana contemporánea. Hojeé

una novela de Valeria Luiselli, admirando la calidad de la edición, pero decidí continuar explorando. Más adelante, un librero anciano con aspecto de bibliógrafo erudito había dispuesto sus tesoros en categorías tan específicas que resultaban casi cómicas: "Narradores suicidas del siglo XX", "Novelas sobre ciudades que no existen", "Poetas que nunca ganaron el premio que merecían".

Estaba tan absorta examinando una primera edición de *La ciudad y los perros* que cuando mi teléfono vibró en el bolsillo, casi lo dejo caer. Era un mensaje de Valeria.

"Miguel no puede venir. Voy a su casa. ¿Estás bien sola? ¿Nos vemos mañana para estudiar en El Rincón?"

Tecleé una respuesta rápida, intentando no sonar tan molesta como me sentía: "*No hay problema. Disfruta. Mañana a las 11 en el café"*.

Guardé el teléfono dejando escapar un largo suspiro. Ya ni siquiera me sorprendía. Desde que Valeria había comenzado su relación con Miguel, yo había pasado a ocupar un lugar secundario en su vida. No podía culparla; yo habría hecho lo mismo. Quizás. Tal vez. O tal vez no.

Sacudí la cabeza para despejarme. No iba a permitir que este pequeño abandono arruinara mi día. Mucho menos un día que estaba lleno de libros. Continué recorriendo los puestos, deteniéndome en aquellos dedicados a la literatura experimental y las pequeñas editoriales independientes. Compré un ensayo sobre fragmentación narrativa que la doctora Vega había mencionado en clase, y sentí una pequeña chispa de orgullo al imaginar su expresión cuando lo citara en mi próximo trabajo.

¿Por qué buscaba tanto su aprobación? La pregunta se deslizó en mi mente mientras avanzaba entre la multitud. Tal vez porque era la única profesora que parecía tomar en serio mi escritura, la única que había visto algo valioso en mi forma algo caótica de aproximarme a la literatura.

Fue entonces cuando lo vi: un pequeño puesto, casi escondido entre dos carpas más grandes y llamativas. "Libros Raros y Curiosidades Literarias", rezaba un discreto cartel escrito a mano. El hombre detrás de la mesa, de mediana edad y con una barba entrecana perfectamente recortada, leía tranquilamente, ni siquiera parecía interesado en atraer clientes.

Me acerqué, atraída por esa aparente indiferencia que sugería un verdadero amor por los libros. Las mesas estaban organizadas con un método que no conseguía descifrar, pero entre los volúmenes antiguos, las revistas literarias descatalogadas y las ediciones artesanales, distinguí algo que hizo que mi corazón diera un vuelco: una antología de poesía de Refugio Barragán de Toscano, una poeta mexicana del siglo XIX de la que apenas existían ediciones modernas.

Había mencionado su obra en un ensayo para la clase de la doctora Vega, quien había señalado en sus comentarios que lamentaba no poder acceder a más de su trabajo. "Una voz silenciada que merecería una recuperación crítica contemporánea", había escrito en el

margen de mi trabajo.

Estiré mi mano hacia el delgado volumen encuadernado en tela descolorida. Justo cuando mis dedos rozaron el lomo, otra mano apareció desde el otro lado de la mesa, dirigiéndose al mismo libro. Nuestros dedos se tocaron durante una fracción de segundo, pero fue suficiente para sentir una corriente eléctrica recorriendo todo mi brazo.

Levanté la mirada, dispuesta a negociar amablemente con mi competidor literario, cuando mi respiración se detuvo. Frente a mí, con una expresión de sorpresa que seguramente reflejaba la mía, estaba la doctora Carmen Vega.

—Lilith —suspiró, y la forma en que pronunció mi nombre, suave y con una ligera inflexión interrogativa, me produjo un estremecimiento involuntario.

—Doctora Vega —retiré mi mano como si el libro quemara.

La observé durante un segundo que pareció estirarse de manera infinita. Sin su habitual traje y su moño impecable, parecía otra persona. Llevaba el cabello suelto, cayendo en ondas suaves sobre sus hombros; unos jeans oscuros que se ajustaban perfectamente a sus caderas; una blusa de seda color burdeos que revelaba la suave curva de su clavícula; y un blazer ligero que añadía a su apariencia una elegancia casual que nunca le había visto en la universidad.

—No esperaba encontrarte aquí —añadió, y noté un ligero rubor en sus mejillas. ¿La doctora Vega sonrojándose? Ese era un fenómeno que no había presenciado nunca.

—Vengo todos los años —respondí, sintiendo un calor ascender por mis mejillas—. ¿También estaba interesada en Barragán de Toscano?

Sus ojos se iluminaron, y esa chispa de pasión intelectual que tan bien conocía de sus clases apareció, rompiendo momentáneamente la tensión.

—¿La conoces? —preguntó, y su tono contenía una mezcla de sorpresa y algo que parecía casi admiración—. Es una autora tristemente olvidada.

—La mencioné en mi ensayo sobre voces femeninas silenciadas en el romanticismo mexicano —expliqué, sintiendo un orgullo ridículo al ver su expresión de reconocimiento —. Usted escribió que lamentaba no poder acceder a más de su trabajo.

—Ah, es cierto. Ahora lo recuerdo —asintió, y su mirada se posó brevemente en mis labios antes de volver a mis ojos—. Fue un análisis sorprendentemente maduro, Lilith.

El modo en que dijo mi nombre, con esa cadencia lenta, casi acariciando cada sílaba, provocó una sensación cálida en mi estómago que preferí ignorar.

—Por favor —dije, señalando el libro—, quédeselo usted. Sería mucho más útil en sus manos que en las mías.

—¿Por qué no lo compartimos? —sugirió, y por un momento pensé que había imaginado el sutil tono seductor en su voz—. Podríamos tomar un café y discutir algunos de los poemas. Si tienes tiempo, claro.

La doctora Vega, la académica severa y distante que mantenía a todos los estudiantes a una rigurosa distancia profesional, ¿me estaba invitando a tomar un café? Intenté que mi rostro no revelara la tormenta de emociones que me atravesaba.

—Claro, me encantaría —me apresuré a responder, agradecida de que mi voz sonara más calmada de lo que me sentía.

Mientras Carmen (porque en mi mente, ya había dejado de ser la "doctora Vega") pagaba el libro, la observé con disimulo. Nunca había notado lo elegantes que eran sus manos, con dedos largos y uñas cortas pero perfectamente cuidadas. Llevaba un único anillo, una sencilla banda de plata en su dedo índice derecho, que giraba distraídamente mientras esperaba el cambio.

—Hay una cafetería bastante agradable al final de la feria —dijo, guardando el libro en un bolso de cuero que colgaba cruzado sobre su cuerpo—. ¿Te parece bien?

Asentí, incapaz de formular una respuesta coherente cuando me sonrió de aquella manera, con una calidez que nunca mostraba en clase.

Mientras caminábamos entre los puestos, era dolorosamente consciente de su presencia a mi lado. El ocasional roce de nuestros brazos al esquivar a otros visitantes enviaba pequeñas descargas eléctricas por mi piel. Su perfume, sutil pero inconfundible, mezclaba notas de sándalo y algo cítrico que no podía identificar. Todo ello causaba un cosquilleo entre mis piernas que no debería estar sintiendo.

—¿Cómo va tu proyecto final? —preguntó, rompiendo un silencio que se había prolongado —. El de las narrativas fragmentadas.

—Estoy explorando nuevas direcciones después de sus comentarios —respondí, agradecida por el tema profesional que parecía un terreno más seguro—. Estoy incorporando algunas ideas de Piglia sobre las dos historias que cuenta cada relato.

—Es un enfoque fascinante —asintió, y me sorprendió ver un genuino interés en sus ojos—. Piglia comprende como pocos la arquitectura secreta de la narración.

Había algo extrañamente íntimo en discutir literatura con ella fuera del entorno académico, como si estuviéramos compartiendo un lenguaje privado. Mientras hablábamos de teoría narrativa y estrategias de fragmentación, observé cómo jugaba nerviosamente con un delicado collar de plata que colgaba justo sobre el primer botón de su blusa, llamando involuntariamente mi atención hacia la suave piel de su cuello. Una piel que parecía tan delicada que me moría de ganas por besarla.

La cafetería resultó ser un rincón encantador: pequeñas mesas de madera bajo una carpa blanca, con plantas en macetas creando una atmósfera de invernadero improvisado. Carmen

pidió un espresso y yo un cappuccino, y cuando nos sentamos, frente a frente en una mesa algo apartada, sentí un nudo de anticipación en la garganta.

—Entonces, ¿qué te trajo específicamente a esta feria? —preguntó mientras abría cuidadosamente el volumen de poesía sobre la mesa, sus dedos acariciando casi reverencialmente las páginas amarillentas.

—Los libros, claro —respondí con una sonrisa, luego me sonrojé ante lo tonto que había sonado—. Quiero decir, me encanta descubrir editoriales independientes y títulos poco comunes. Mi apartamento está a punto de colapsar bajo el peso de mis librerías, pero no puedo evitarlo.

—Te entiendo perfectamente —dijo, y la forma en que me miró por encima del borde de su taza de café me hizo preguntarme si realmente estábamos hablando solo de libros—. Yo también tengo ese problema. Mi ex solía decir que vivía con dos personas: él y mi biblioteca.

Era la primera vez que mencionaba algo personal, y no pude evitar sentir curiosidad.

—¿Ex marido? —me atreví a preguntar, y de inmediato me arrepentí, temiendo haber cruzado alguna línea invisible.

Pero ella solo sonrió, una sonrisa algo triste que transformó por completo su rostro, suavizando sus ángulos y haciéndola parecer más joven, más vulnerable.

—Ex marido, sí. Adrián. También profesor de literatura —respondió, girando la pequeña cuchara en su café—. Resultó que mi éxito académico era menos atractivo cuando comenzó a eclipsar al suyo.

—Lo siento —murmuré, sintiendo una inexplicable oleada de rabia hacia ese hombre al que ni siquiera conocía.

—No lo sientas —respondió con una ligereza que contrastaba con la intensidad de su mirada—. Fue liberador, aunque doloroso en su momento. Como dice Cristina Rivera Garza, “a veces necesitamos perder una vida para encontrar otra”.

Mientras citaba a la escritora mexicana, sus ojos permanecieron fijos en los míos, y sentí que algo cambiaba sutilmente en el aire entre nosotras. Ya no era solo mi profesora discutiendo literatura; era una mujer compartiendo algo íntimo con otra. El rol de estudiante y maestra parecía disolverse bajo el sol de abril que se filtraba a través de la carpa, iluminando motas de polvo que danzaban entre nosotras.

—¿Y tú? —preguntó de pronto, inclinándose ligeramente hacia adelante—. ¿Hay alguien en tu vida, Lilith?

La forma en que pronunció mi nombre, casi como una caricia, hizo que sintiera un calor intenso recorrer todo mi cuerpo. Por un momento me pregunté si estaba imaginando el subtexto, si mi atracción hacia ella estaba distorsionando mi percepción.

—No —respondí con más firmeza de la que pretendía—. Estoy demasiado ocupada con los estudios. Y la mayoría de las relaciones que he tenido... bueno, digamos que mis novias anteriores siempre se han quejado de que los libros reciben más atención que ellas.

Observé su reacción al mencionar la palabra “novias”, pero ni siquiera pestañeó. En cambio, sus labios se curvaron en una sonrisa que parecía contener algún secreto.

—A veces es difícil encontrar a alguien que entienda verdaderamente nuestra relación con la literatura. Que comprenda que no es solo un pasatiempo o una profesión, sino una forma de entender el mundo.

—Exactamente —asentí, sorprendida por la perfección con que había expresado algo que yo siempre había sentido—. Es como si...

—Como si los libros fueran extensiones de nuestro propio ser —completó ella, y nuestras miradas se encontraron en un momento de entendimiento tan perfecto que me dejó sin aliento.

Carmen tomó el libro de poesía y comenzó a pasar las páginas con lentitud, sus dedos acariciaban el papel con una delicadeza que me hizo imaginar cómo se sentirían esos mismos dedos sobre la piel de mis senos. Me sobresalté ante la intensidad de ese pensamiento.

—Mira este poema —anunció, girando el libro hacia mí—. “La confesión velada”. Poco conocido, pero tiene una tensión erótica que contradice todos los estereotipos sobre la poesía femenina de la época.

Se inclinó sobre la mesa para señalarme un pasaje específico, y el movimiento hizo que un mechón de su cabello cayera hacia adelante. Sin pensar, extendí mi mano y lo aparté suavemente, mis dedos rozando su mejilla por un instante fugaz.

El contacto, breve y apenas perceptible, pareció electrificar el aire entre nosotras. Carmen se quedó inmóvil, sus ojos fijos en los míos, su respiración visiblemente alterada. Por un momento, creí ver en ellos un deseo que reflejaba el mío, un hambre que iba mucho más allá de la literatura o la admiración académica.

—Perdón —murmuré, retirando mi mano como si me hubiera quemado.

—No te disculpes —respondió en voz baja antes de pasarse la lengua entre los labios, y el modo en que me miró hizo que la zona entre mis piernas sintiera una necesidad demasiado evidente.

La tensión entre nosotras era casi palpable, densa como el aire antes de una tormenta. Mientras pretendíamos concentrarnos en el poema frente a nosotras, mi atención estaba completamente capturada por los detalles de Carmen que nunca había tenido oportunidad de observar tan de cerca: la curva elegante de su cuello, la línea de su clavícula que me encantaría llenar de besos, el movimiento de sus manos mientras explicaba un verso

particularmente complejo.

Ya no veía a la doctora Vega. Veía a Carmen, una mujer cuya inteligencia era igualada solo por su belleza sutil, una belleza que parecía intensificarse cuanto más hablaba sobre literatura, como si la pasión intelectual iluminara cada uno de sus gestos.

Y mientras la escuchaba analizar la estructura del poema con la misma precisión clínica que aplicaba en clase, pero con una calidez nueva, tuve que admitir una verdad incómoda: me sentía irremediablemente atraída por ella, y era una atracción física que ya no tenía sentido negar.

Lo que era aún más perturbador: mientras sus ojos se encontraban ocasionalmente con los míos por encima del libro que compartíamos, empecé a preguntarme si ella podría sentir lo mismo.

Capítulo 4

Carmen

El vapor del café ascendía entre nosotras como una cortina translúcida, difuminando por momentos los contornos de su rostro. Lilith sostenía la taza con ambas manos, como si quisiera absorber todo el calor posible de la cerámica, un gesto que encontré extrañamente íntimo. La cafetería de la feria literaria había comenzado a llenarse, pero el bullicio a nuestro alrededor parecía diluirse en un segundo plano, como el murmullo distante de una radio mal sintonizada.

—Cuando leí a Barragán de Toscano por primera vez fue como si alguien hubiera abierto una ventana en una habitación que llevaba siglos cerrada —explicaba con una pasión que resultaba hipnótica—. Hay algo en la forma en que escribe sobre el deseo sin nombrarlo directamente... es como si usara un código que solo ciertas personas podemos descifrar.

Sus manos cobraron vida mientras hablaba, dibujando en el aire las emociones que sus palabras no alcanzaban a expresar por completo. Observé fascinada cómo sus dedos trazaban patrones invisibles, y noté una pequeña mancha de tinta en su pulgar izquierdo. Un escritor reconoce a otro, pensé, y me sorprendí a mí misma sonriendo ante esta idea.

—¿Te parece divertido? —preguntó confusa.

—No, es solo que… —me apresuré a aclarar—. Solo estaba pensando en lo refrescante que es encontrar a alguien que se apasiona de manera genuina por la literatura.

Lilith inclinó ligeramente el cuerpo hacia adelante, acortando la distancia entre nosotras. Su cabello cayó como una cortina oscura sobre un lado de su rostro, y con un gesto que me pareció estudiadamente casual, lo recogió detrás de su oreja. El movimiento expuso la curva de su cuello, y me descubrí siguiendo con la mirada la línea que descendía hasta la sutil insinuación de su clavícula.

—La mayoría de mis amigos toleran mis divagaciones literarias, pero puedo ver cómo sus ojos se desconectan después de unos minutos —confesó con una sonrisa tímida, mordiendo su labio inferior de una manera que resultaba inquietantemente atractiva—. Es agradable hablar con alguien que no solo entiende, sino que realmente escucha.

—Conozco esa sensación. Mi exmarido solía llamar a mis libros “los otros hombres de mi vida”.

La mención de Adrián salió de mis labios antes de que pudiera filtrarla. Normalmente mantenía una barrera firme entre mi vida personal y profesional, especialmente con estudiantes. Pero había algo en la atmósfera de aquella tarde, en la luz del sol que se filtraba a través de las ventanas empañadas de la cafetería, en la forma en que Lilith me observaba con atención absoluta, que me invitaba a bajar las defensas.

—¿Y tenía razón? —preguntó, sosteniendo mi mirada con una intensidad que me puso algo neerviosa.

—En parte sí —admití, dando un largo sorbo a mi café para ganar tiempo—. Aunque creo que el problema era que él veía los libros como objetos, mientras que para mí siempre han sido conversaciones vivas.

Lilith asintió como si hubiera expresado algo profundamente revelador.

—Mi última novia —comentó, poniendo de nuevo un énfasis sutil en el género, como si pretendiese estudiar mi reacción— terminó conmigo después de encontrarme leyendo a las

tres de la mañana por tercera vez en una semana. Dijo que era “demasiado intensa” y que vivía más en los libros que en el mundo real.
—Una acusación grave —respondí, tratando de mantener un tono ligero a pesar de que mi pulso se había acelerado al escuchar la confirmación sobre sus preferencias sexuales.
—También dijo que era “demasiado experimental” —continuó, dibujando comillas en el aire y esbozando una sonrisa que tenía algo de desafío—. Aparentemente, las personas convencionales temen a quienes les gusta experimentar, ya sea en la literatura o en la vida.
La forma en que pronunció “experimental” dejó suspendida en el aire una ambigüedad que no pude ignorar. ¿Se refería solo a sus gustos literarios o estaba insinuando algo más? El calor que sentí descender entre mis piernas me alertó de que mi mente estaba interpretando sus palabras de manera completamente inapropiada.
Mientras hablaba, noté cómo jugueteaba distraídamente con un mechón de su cabello, enroscándolo entre los dedos. Sus ojos no abandonaron los míos ni por un instante, como si intentara transmitirme algo más allá de sus palabras. La luz de la tarde, ahora más dorada, caía sobre ella de forma que acentuaba los contornos de su rostro, la suave curva de unos labios perfectos, el brillo en su mirada.
—Tengo curiosidad —indiqué, intentando reorientar mis pensamientos— sobre ese proyecto de narrativas fragmentadas que mencionaste. ¿Es puramente experimental o estás explorando también elementos autobiográficos?
—Ambos, supongo —respondió con una sonrisa enigmática—. Como usted mismo señaló en clase, la línea entre ficción y autobiografía es cada vez más difusa en la literatura contemporánea.
—Por favor, estamos fuera del aula —la interrumpí—. Puedes tutearme y llamarme Carmen, no hace falta que me llames doctora Vega o profesora.
¿Por qué había dicho eso? El tratamiento formal era una barrera necesaria, una recordatorio constante de nuestros roles respectivos. Eliminarla era abrir una puerta que no estaba segura de querer traspasar.
—Carmen —pronunció mi nombre como si estuviera saboreándolo, con una cadencia que me provocó un escalofrío involuntario—. Me gusta cómo suena.
Un movimiento sutil de su cuerpo hizo que la tela de su blusa se tensara, revelando el contorno de sus pezones bajo la fina tela. Aparté la mirada de inmediato, pero no antes de que una oleada de calor me recorriera por completo, asentándose en lugares que no debería estar sintiendo en presencia de una estudiante.
—En mi proyecto —continuó, aparentemente ajena a mi incomodidad— estoy experimentando con fragmentos que podrían ser memorias o invenciones. El lector nunca está seguro, y esa ambigüedad es deliberada. Me interesa explorar cómo la incertidumbre afecta la recepción de una narrativa.
Su explicación era brillante, y en cualquier otra circunstancia me habría sumergido en una discusión apasionada sobre las implicaciones teóricas de su enfoque. Pero en ese momento, mi mente académica libraba una batalla perdida contra sensaciones mucho más primarias. Me di cuenta de que estaba mucho más interesada en desviar miradas furtivas hacia sus pechos que en escuchar sus explicaciones.
—¿Me estás escuchando? —preguntó de pronto, interrumpiendo mi observación.
—Por supuesto —mentí—. Es un enfoque fascinante. Me recuerda a Julio Cortázar y su concepto de lector cómplice.
—Exactamente —sonrió, y noté cómo sus ojos descendían brevemente hacia mis labios

antes de regresar a mis ojos—. Quiero que el lector sea un colaborador activo, no un mero receptor pasivo.

La tensión que flotaba entre nosotras era casi palpable. Cada gesto, cada mirada parecía cargada de un significado adicional que ninguna de las dos verbalizaba. Racionalicé que estábamos teniendo una conversación puramente intelectual, un intercambio académico. Pero entonces, ¿por qué mi cuerpo reaccionaba como si estuviéramos en medio de un lento y elaborado ritual de flirteo?

—Creo que el café se está enfriando —señalé, buscando desesperadamente algo neutral que decir.

—Y la tarde está avanzando —asintió, mirando hacia las ventanas donde el sol comenzaba a descender—. ¿Te gustaría caminar un poco? El parque está precioso a esta hora.

La invitación parecía inocente, pero algo en su tono de voz sugería que estábamos a punto de traspasar otra barrera invisible. Lo prudente habría sido declinar de manera educada, inventar algún compromiso, mantener clara la línea entre nosotras. En cambio, me escuché a mí misma aceptando de inmediato.

—Me encantaría. El aire fresco nos vendrá bien después de tanto café.

Salimos de la cafetería y el parque nos recibió con su tapiz de colores otoñales. Los senderos estaban salpicados de hojas amarillas y rojizas que crujían bajo nuestros pasos. Caminamos lado a lado, nuestros brazos rozándose de vez en cuando, enviando pequeñas descargas eléctricas a través de mi piel con cada contacto fugaz.

—Hay algo especial en los parques durante el otoño —comentó Lilith, respirando profundamente—. Ese olor a tierra húmeda y hojas secas, como si el mundo entero estuviera en un proceso de transformación.

—La muerte y el renacimiento —añadí—. Es el tema central de toda la literatura, si lo piensas bien.

—Y de la vida misma —sonrió, y por un momento nuestras miradas se encontraron con una intensidad que me dejó sin aliento.

Continuamos caminando en un silencio cómodo, de ese tipo que solo se da entre personas que no necesitan llenar cada espacio con palabras. El cielo, que había estado despejado durante la mayor parte del día, comenzó a oscurecerse de manera gradual. Antes de que pudiéramos darnos cuenta, las primeras gotas de lluvia empezaron a caer, ligeras al principio, luego más insistentes.

—Parece que tendremos que correr —anuncié, buscando en mi bolso el pequeño paraguas que siempre llevaba conmigo.

—No me importa mojarme un poco —respondió, alzando el rostro hacia el cielo con una sonrisa—. Hay algo liberador en dejarse empapar por la lluvia, ¿no crees?

La observé, fascinada. Con el cabello húmedo enmarcando su rostro y las gotas de lluvia deslizándose por sus mejillas, parecía salida de un poema que no me atrevería a escribir. Abrí el paraguas y lo sostuve sobre ambas, un gesto que nos obligó a acercarnos más de lo que la prudencia aconsejaba.

—Ven aquí —la invité—. No es muy grande, pero nos cubrirá a las dos.

Lilith se acercó hasta que ya no había espacio entre nuestros cuerpos.

—Quizá deberíamos buscar refugio —sugerí, intentando mantener un tono casual a pesar de que mi corazón latía desbocado—. Hay un quiosco cerca de la salida norte.

Caminamos juntas bajo el paraguas, nuestros cuerpos inevitablemente más cerca de lo que habían estado nunca. Cada paso provocaba pequeños roces: su hombro contra mi brazo, su

cadera tocando la mía. La lluvia arreciaba, convirtiendo nuestro pequeño paraguas en un refugio cada vez más precario.
Cuando llegamos al quiosco, estábamos parcialmente empapadas a pesar de nuestros esfuerzos. Lilith se sacudió el agua del cabello con un gesto que me recordó a un felino, pequeñas gotas salpicando en todas direcciones.
—Lo siento —se rió—. Te estoy mojando aún más.
—No te preocupes —sonreí, consciente de cómo mi blusa se adhería ligeramente a mi cuerpo por la humedad—. Un poco de agua no mata a nadie.
Sus ojos recorrieron mi figura brevemente, deteniéndose un segundo más de lo apropiado en mis pezones, antes de volver a mi rostro. Un rubor sutil coloreó sus mejillas, y por un instante me pregunté si había notado lo duros que se me habían puesto.
—Debería irme —anunció de modo casi tímido, aunque no hizo ningún movimiento para marcharse—. Tengo... tengo que terminar unas lecturas para el lunes.
—Claro —asentí—. Yo también tengo trabajos que corregir.
Nos quedamos inmóviles, mirando la lluvia caer, como si ninguna quisiera ser la primera en romper el momento.
—Ha sido una tarde maravillosa —dijo finalmente, girándose para mirarme—. Gracias por compartir tu tiempo... y tus conocimientos.
—El placer ha sido mío. Es refrescante conversar con alguien que entiende realmente lo que significa sumergirse en un texto.
—Entonces... —dudó un momento— ¿nos vemos el lunes en clase?
—Por supuesto.
—Bien.
Otro silencio. La lluvia comenzaba a amainar, pero ninguna de las dos parecía ansiosa por aprovechar la oportunidad para marcharse.
—Debería... —comenzó.
—Tal vez... —dije al mismo tiempo.
Ambas nos reímos, y la tensión se disipó ligeramente.
—Tú primero —le cedí la palabra.
—Solo iba a decir que debería irme antes de que vuelva a llover.
Asentí, incapaz de encontrar una excusa para prolongar nuestro encuentro. Cuando Lilith dio un paso hacia mí, pensé que simplemente iba a despedirse con un gesto. En lugar de eso, me envolvió en un abrazo.
Fue un contacto breve pero intenso. Sus brazos rodearon mi cintura, y por un instante sentí su cuerpo presionado contra el mío, su calor filtrándose a través de la ropa húmeda. La presión de sus pechos sobre los míos. El aroma de su cabello mojado me inundó, y tuve que resistir el impulso de hundir mi rostro en su cuello.
Cuando se separó, había algo nuevo en sus ojos, una mezcla de vulnerabilidad y determinación que me dejó sin palabras.
—Hasta el lunes, Carmen —susurró, mi nombre sonaba casi como una caricia en sus labios.
—Hasta el lunes, Lilith —logré responder.
La observé alejarse bajo la llovizna, su figura recortándose contra el atardecer grisáceo del parque. Solo cuando desapareció completamente de mi vista me permití exhalar el aire que no sabía que estaba conteniendo.
El camino de regreso a mi apartamento fue una nebulosa de pensamientos en conflicto. Repasé cada instante, cada palabra, cada mirada que intercambiamos, buscando señales de

que había malinterpretado la situación. Pero la presión fantasma de su cuerpo contra el mío durante ese abrazo final persistía, demasiado real para ser ignorada.

Al entrar en mi apartamento, dejé caer mi bolso sobre el sofá y extraje el libro de poesía de Barragán de Toscano.

Acaricié la cubierta gastada con la punta de los dedos, pensando en cómo nuestras manos se habían rozado al alcanzarlo.

Me senté junto a la ventana, escuchando el suave repiqueteo de la lluvia contra el cristal. Abrí el libro al azar y mis ojos cayeron sobre un poema titulado “La inevitable atracción”. Las primeras líneas parecían dedicadas a nosotras.

Cerré el libro de golpe, como si las palabras pudieran quemarme. En ese momento, con claridad absoluta y aterradora, comprendí que había cruzado una línea. No una frontera física o explícita, sino algo más sutil y potencialmente más peligroso: había permitido que Lilith dejara de ser simplemente una estudiante brillante para convertirse en una mujer que me atraía de maneras que no podía, o no debía, explorar.

La lluvia arreció contra mi ventana, como subrayando la tormenta que se gestaba en mi interior.

Capítulo 5

Lilith

Llegué veinte minutos antes a clase, cuando el pasillo todavía estaba desierto y el aula en penumbra. Me gustaba ese momento, el silencio antes de que todo comenzara, como un escenario vacío momentos antes de que se alzara el telón. Elegí un asiento en primera fila, no tan centrado como para parecer desesperada por su atención, pero lo suficientemente cerca para que fuera imposible no notarme.

Mientras esperaba, saqué un pequeño espejo de mi bolso y revisé mi apariencia. Me había esforzado más de lo habitual esa mañana: un vestido color burdeos que sugería más que revelaba, el cabello suelto pero cuidadosamente peinado para que pareciera natural. Un toque de brillo en los labios, nada demasiado obvio. Quería parecer sofisticada pero no artificial, intelectual pero no severa.

"Patético", me dije a mí misma mientras guardaba el espejo. ¿Desde cuándo me arreglaba así para una clase? Pero sabía exactamente desde cuándo. Desde aquel encuentro en la feria del libro, desde aquel café que compartimos, desde que descubrí que Carmen Vega no era solo una profesora brillante a quien admirar desde lejos, sino una mujer de carne y hueso cuya voz se quebraba ligeramente cuando hablaba de sus experiencias personales. Una mujer que me moría por tener desnuda junto a mí.

A medida que los estudiantes comenzaron a llegar, fingí estar absorta en la lectura de un ensayo sobre metaficción que, en realidad, había terminado tres días antes. Cuando finalmente la vi entrar, sentí ese ya familiar cosquilleo entre las piernas.

—Buenos días a todos —saludó mientras colocaba sus materiales sobre el escritorio—. Hoy continuaremos explorando las fracturas narrativas en la literatura contemporánea.

Su mirada recorrió el aula y, por un instante, se detuvo en mí. ¿Me lo imaginé o sus labios se curvaron ligeramente en una sonrisa casi imperceptible? No tuve tiempo de analizarlo porque de inmediato comenzó a escribir en la pizarra.

—La fragmentación no es meramente un artificio estético —explicó, con ese entusiasmo contagioso que la caracterizaba cuando hablaba de literatura—. Es una respuesta epistemológica ante un mundo que ya no puede ser aprehendido como una totalidad coherente.

La observé mientras se movía por el aula, gesticulando con precisión, su voz modulando perfectamente cada matiz teórico que desarrollaba. Había algo tremendamente sensual en la forma en que su mente funcionaba, en cómo articulaba pensamientos complejos con tanta claridad y pasión. Era como presenciar una danza intelectual, una coreografía de ideas ejecutada con virtuosismo.

Apunté algunas notas en mi cuaderno, más como una excusa para mantener mi mirada baja cuando sentía que la estaba observando con demasiada intensidad. En un determinado momento, leyó un pasaje, su voz adoptando un tono casi íntimo que me hizo preguntarme cómo sonaría susurrando palabras sensuales tras hacer el amor.

—¿Opiniones sobre este fragmento? —preguntó, y el silencio habitual siguió a su pregunta.

Alcé la mano, consciente de que mi corazón se aceleraba.

—Es interesante cómo el autor utiliza la elipsis no solo como un recurso estilístico sino como una subversión del contrato narrativo tradicional —comenté—. Está obligando al

lector a convertirse en un co-creador del texto.
Sus ojos se fijaron en los míos con una intensidad que me hizo contener el aliento.
—Excelente observación, Lilith —respondió—. ¿Pero no crees que esa demanda de participación activa podría también interpretarse como una forma de violencia textual?
Era un desafío, y lo sabía. No era la primera vez que Carmen lanzaba estas provocaciones intelectuales en clase, pero sí la primera vez que parecía dirigida específicamente a mí, casi como una invitación a un duelo privado.
—Con todo respeto, doctora Vega —respondí, sintiendo cómo todos los ojos se volvían hacia mí—, creo que calificar esa ruptura como "violencia" es adoptar una postura demasiado conservadora sobre el rol del lector. Quizás lo que algunos ven como imposición, otros lo experimentamos como liberación.
Un murmullo recorrió el aula. Nadie solía contradecir a la doctora Vega, y menos con ese tipo de argumentación directa. Vi cómo sus cejas se alzaban ligeramente, pero en lugar de molestia, sus ojos brillaron con algo que parecía ser... ¿admiración?
—Interesante contrapunto —concedió, apoyándose en el borde de su escritorio—. Aunque me pregunto si esa "liberación" no es en realidad una ilusión que oculta un control aún más sutil. ¿No es el autor quien sigue dictando los términos de ese supuesto espacio de co-creación?
El debate continuó durante algunos minutos más, con otros estudiantes uniéndose, pero era como si mantuviéramos una conversación paralela, codificada en miradas y medias sonrisas. Cada vez que intervenía, sus ojos volvían a buscarme. Cuando elaboraba un punto teórico particularmente complejo, parecía estar hablándome directamente a mí, como si el resto de la clase se hubiera desvanecido.
Cuando la clase terminó, guardé mis cosas con deliberada lentitud, permitiendo que los demás estudiantes salieran primero. Carmen estaba organizando sus papeles, aparentemente absorta en su tarea, pero noté que lanzaba miradas furtivas en mi dirección.
—Doctora Vega —susurré, acercándome a su escritorio cuando ya estábamos solas—. Tenía algunas dudas sobre mi proyecto de narrativas fragmentadas. Me preguntaba si podríamos discutirlas.
Levantó la vista y algo en su mirada me dijo que sabía perfectamente lo que estaba haciendo.
—Claro, Lilith —respondió con una voz sorprendentemente suave—. ¿Tienes tiempo ahora? Tengo un hueco antes de mi próxima clase.
—Perfecto —sonreí, sintiendo una oleada de adrenalina recorrer todo mi cuerpo hasta hacerlo temblar.
El trayecto hasta su despacho fue breve pero cargado de tensión. Caminamos lado a lado, manteniendo una distancia profesional que, sin embargo, parecía vibrar con una electricidad casi palpable. Comentamos trivialidades sobre el clima y los próximos eventos literarios de la universidad, pero cada palabra parecía contener un significado adicional, como si estuviéramos hablando en un código que solo nosotras comprendíamos.
Su despacho era exactamente como lo había imaginado: estanterías repletas de libros organizados por algún sistema que solo ella podía descifrar, un escritorio antiguo cubierto de manuscritos y notas, y ventanas que daban a un pequeño jardín interior del campus al que nadie acudía nunca. El espacio olía a libros antiguos, café y ese perfume sutil que ya había comenzado a asociar con ella: notas de jazmín y algo más profundo, casi amaderado.
—Siéntate, por favor —me indicó, señalando una silla frente a su escritorio.

En lugar de sentarme allí, elegí el pequeño sofá ubicado junto a una de las estanterías.
—¿Le importa si me siento aquí? —pregunté con fingida inocencia—. La luz es mejor para revisar textos.
Me miró por un instante, como evaluando mis intenciones, pero asintió. Para mi sorpresa, en lugar de permanecer tras su escritorio, vino a sentarse a mi lado. No demasiado cerca, manteniendo una distancia profesional, pero lo suficientemente próxima para que pudiera notar los detalles de su rostro: una pequeña cicatriz casi imperceptible sobre su ceja izquierda, la curvatura de sus labios al hablar.
—¿Qué aspectos específicos de tu proyecto querías discutir? —preguntó, colocando las manos sobre sus rodillas.
Saqué mi cuaderno y lo abrí en una página donde había estado trabajando en el esquema. Me incliné ligeramente hacia ella mientras explicaba mi propuesta, consciente de cómo nuestros hombros casi se rozaban. Consciente también de que había desabrochado un botón extra de mi blusa antes de entrar en su despacho.
—Tengo varias dudas —respondí, inclinándome para sacar un libro de mi mochila, calculando el movimiento para que mi cabello rozara ligeramente su brazo.
Ella se tensó de modo casi imperceptible ante el contacto, pero no se apartó.
—Creo que hay un ejemplo perfecto en la biblioteca que tengo aquí —dijo, levantándose para buscar en una de las estanterías más altas.
La observé mientras se estiraba para alcanzar un volumen, el modo en que su blusa se tensaba sobre su espalda, cómo se ponía de puntillas revelando brevemente unos tobillos finos y perfectos. Sentí una oleada de calor recorrerme al darme cuenta de lo absurdamente erótico que me resultaba ese simple movimiento.
Regresó con varios libros y volvió a sentarse a mi lado, esta vez un poco más cerca.
—Este pasaje en particular ilustra lo que estás buscando, creo —señaló, abriendo uno de los libros y colocándolo entre ambas.
Nos inclinamos al mismo tiempo sobre el texto, nuestras cabezas tan cercanas que podía sentir su respiración en mi mejilla. Cuando levanté mi rostro para comentar algo, sus labios estaban a centímetros de los míos. Hubo una pausa, un momento de silencio cargado donde el tiempo pareció suspenderse. Abrió la boca ligeramente, como si fuera a decir algo, pero ninguna palabra salió de ella.
—Es fascinante —murmuré, mi voz apenas audible, refiriéndome tanto al texto como a la situación en la que nos encontrábamos.
—Sí, lo es —respondió con voz ligeramente ronca, antes de aclararse la garganta y volver a enderezarse.
Al señalar otro pasaje en el libro, dejé que mi mano rozara la suya. En lugar de retirarla de inmediato, permití que el contacto se prolongara unos segundos más de lo necesario. Sus dedos eran cálidos y sorprendentemente suaves. Cuando por fin separé mi mano, me pareció ver un ligero temblor en la suya. No sé si ella se dio cuenta de que todo mi cuerpo temblaba al imaginar esos dedos rozando mis pezones.
—Me siento muy inspirada con este proyecto. Creo que con el tipo correcto de guía podría convertirse en algo realmente especial.
La ambigüedad de mi comentario quedó flotando entre nosotras, y vi cómo sus mejillas se teñían de un rubor apenas perceptible.
—Estoy segura de que sí.
—Muchas gracias, doctora Vega.

—Carmen, fuera de clase puedes llamarme Carmen —susurró.
—Carmen —repetí, saboreando su nombre en mi boca como una palabra recién aprendida —. Gracias por tu tiempo... Carmen.
Algo cambió en su expresión cuando pronuncié su nombre, una vulnerabilidad momentánea que desapareció tan rápido como había aparecido. Se levantó abruptamente, como si necesitara crear distancia física entre nosotras.
—Se hace tarde —anunció, consultando su reloj—. Tengo que preparar mi próxima clase.
Mientras me acompañaba a la puerta, me detuve un momento junto a una de las estanterías, fingiendo interés en un título particular.
Al salir de su despacho, me detuve un instante en el umbral y me di la vuelta para despedirme. La encontré observándome con una intensidad que me dejó temblando. Cuando nuestros ojos se encontraron, una lenta sonrisa se dibujó en sus labios, una sonrisa que no tenía nada de académica ni de profesional.
—Hasta el miércoles, Lilith.
—Hasta el miércoles, Carmen —respondí, cerrando la puerta tras de mí.
Mientras caminaba por el pasillo, sentía mi corazón latir desbocado contra mi pecho. Lo que había comenzado como un simple enamoramiento intelectual se había transformado en algo mucho más profundo y peligroso. Deseaba a Carmen Vega como mujer. Deseaba sus manos sobre mi piel, su boca sobre la mía. Quería sentir mi cuerpo desnudo temblando bajo sus dedos, su aliento cálido en mi sexo.
Sabía que estábamos jugando con fuego. Sabía que las consecuencias podrían ser devastadoras para ambas. Pero en ese momento, caminando por el campus con la memoria de su mirada todavía ardiendo en mi mente, imaginando su cuerpo desnudo mientras hacíamos el amor, no me importaba quemarme.

Capítulo 6

Carmen

La pila de ensayos parecía interminable sobre mi escritorio. Llevaba tres horas corrigiendo y apenas había avanzado la mitad. El cansancio comenzaba a hacer mella en mi concentración, pero necesitaba terminar. Las evaluaciones debían estar listas para el día siguiente.

Sin embargo, cuando llegué al trabajo de Lilith Montero, mi ritmo se detuvo por completo. Era excepcional, no solo por su análisis sino por la forma en que estaba escrito: con una voz propia, segura, casi provocadora. Releí algunos párrafos, disfrutando de la fluidez de su prosa, de cómo entrelazaba conceptos complejos con ejemplos personales.

Pasé la punta de los dedos sobre su letra en las anotaciones marginales que había hecho a mano. Pequeñas observaciones, preguntas, ideas que quería explorar más adelante. Su mente funcionaba de manera fascinante, siempre cuestionando, siempre buscando nuevas interpretaciones.

Mientras leía, una imagen de Lilith apareció en mi mente: sentada en el despacho frente a mí, con esa sonrisa que parecía guardar secretos, sus ojos fijos en los míos mientras me desafiaba intelectualmente. Pero fue la imagen de sus labios entreabiertos lo que provocó una reacción inesperada en mi cuerpo.

Un cosquilleo se extendió por mi vientre y descendió lentamente hacia mi sexo. Me removí incómoda en la silla, cruzando las piernas como si con eso pudiera contener la sensación. Sentí el calor ascender por mis mejillas mientras intentaba concentrarme nuevamente en el ensayo.

“Esto es completamente inapropiado”, me regañé mentalmente. Lilith era mi estudiante, por el amor de Dios. Una brillante, fascinante, hermosa estudiante, pero mi estudiante al fin y al cabo. La línea ética era clara y definida. No debía cruzarla ni siquiera en mis pensamientos.

Y sin embargo, no podía negar que existía algo entre nosotras. Algo que iba más allá de lo académico. Lo había sentido durante nuestro paseo por el parque, en la forma en que su mirada buscaba la mía durante las clases, en cómo su mano había rozado la mía mientras señalaba un pasaje en un libro.

Traté de enfocarme nuevamente en mi trabajo. Terminé de calificar su ensayo con un sobresaliente, por supuesto, pero me detuve antes de escribir los comentarios habituales. En lugar de eso, abrí mi correo y comencé a redactar un mensaje.

“Estimada Lilith,” escribí, para inmediatamente borrar la palabra “estimada”. Demasiado formal. “Lilith,” comencé de nuevo, “me preguntaba si estarías interesada en asistir a una lectura de poesía este viernes”.

Me detuve, releyendo lo que había escrito. ¿Estaba cruzando una línea? No era inusual que invitara a estudiantes destacados a eventos académicos. De hecho, era parte de mi labor como profesora, fomentar su crecimiento intelectual más allá del aula.

Me detuve nuevamente. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Era una simple invitación académica. No había nada impropio en ello. ¿O sí?

Porque sabía que no era solo eso.

Mi mano izquierda había descendido a mi regazo casi sin darme cuenta, presionando ligeramente sobre la tela de mi falda. El calor que sentía no había disminuido; al contrario,

parecía intensificarse con cada palabra que escribía, con cada imagen de Lilith que mi mente conjuraba. Me sorprendí a mí misma moviendo los dedos sobre mi sexo, buscando alivio a esta tensión inesperada.
—Por favor, Carmen —murmuré, retirando la mano como si la tela me quemara.
Respiré hondo y terminé el correo, añadiendo detalles sobre la hora y el lugar, firmándolo con un “Espero tu respuesta” que sonaba demasiado ansiosa incluso para mis oídos.
Antes de poder arrepentirme, hice clic en “enviar”.
El viernes por la tarde me encontré frente a mi armario, descartando atuendo tras atuendo con una frustración creciente. Nunca había sido una persona especialmente preocupada por la moda, pero de repente nada me parecía adecuado. Los trajes formales que usaba normalmente para la universidad parecían demasiado rígidos; la ropa casual, demasiado informal.
Finalmente, mis manos se detuvieron en un vestido azul medianoche que había comprado el año pasado para una conferencia y apenas había usado. Era elegante pero no excesivamente formal, con un corte que favorecía mi figura sin resultar provocativo. Lo suficientemente apropiado para una profesora, pero que me hacía sentir atractiva.
“Atractiva”. La palabra resonó en mi mente mientras me observaba en el espejo. ¿Para quién quería estar atractiva exactamente?
Sabía la respuesta, aunque no quisiera admitirla.
Me apliqué algo de maquillaje, solo lo justo: un poco de rímel, algo de rubor, un toque de brillo en los labios. Completo con unos pendientes de plata y un collar sencillo que descansaba justo sobre mi clavícula. Mi reflejo me devolvió la imagen de una mujer que parecía más joven y nerviosa de lo que debería estar para un simple evento académico.
—Es solo una lectura de poesía —susurré para mí misma—. Una actividad normal entre una profesora y su alumna.
Pero el aleteo en mi estómago al dirigirme al café, el cosquilleo entre mis piernas, contaba una historia diferente.
Llegué quince minutos antes de la hora acordada. El café era uno de mis favoritos, un lugar bohemio con luces tenues, estanterías llenas de libros y un aroma a café recién molido que impregnaba el aire. Elegí una mesa en un rincón, lo suficientemente apartada para poder conversar sin interrupciones, pero visible desde la entrada.
Mientras esperaba, repasé mentalmente los límites que no debía cruzar. Esta era una salida académica, un enriquecimiento cultural para una estudiante prometedora. Nada más.
Cuando la puerta se abrió y Lilith entró, todos mis argumentos racionales se evaporaron como niebla bajo el sol.
Llevaba un sencillo vestido negro que contrastaba con su piel pálida, una chaqueta de cuero que le daba un aire rebelde, y un delicado collar plateado con una pequeña luna creciente. Su cabello, habitualmente sujeto en una coleta despreocupada, caía libre sobre sus hombros. El efecto era devastador en su simplicidad y de pronto, imaginé cómo se sentiría desnudarla poco a poco.
Se detuvo un momento en la entrada, buscándome con la mirada. Cuando nuestros ojos se encontraron, una sonrisa preciosa se dibujó en sus labios y mi corazón dio un vuelco vergonzosamente adolescente.
—Doctora Vega —saludó mientras se acercaba a mi mesa.
—Carmen —corregí de inmediato—. Estamos fuera del campus.
—Carmen —repitió con un guiño de ojo demasiado seductor.

Nos quedamos un momento en silencio, como si ambas estuviéramos evaluando la situación.
—Me alegra que hayas podido venir —dije finalmente, rompiendo el silencio.
Tomó un sorbo de su café, y no pude evitar seguir el movimiento de sus labios contra la taza. ¿Cómo sería sentir esos labios contra los míos? El pensamiento apareció sin permiso, y con él, una ola de calor que se extendió por mi cuerpo. Crucé las piernas bajo la mesa, intentando controlar la sensación pulsante que comenzaba a despertar en mi interior.
—Deberíamos irnos —dije, quizás demasiado abruptamente—. No queremos llegar tarde.
El centro cultural estaba a solo unas manzanas del café. Caminamos lado a lado en un silencio cómodo, nuestros brazos rozándose ocasionalmente.
El auditorio ya estaba casi lleno cuando llegamos. Encontramos dos asientos en una de las últimas filas, un espacio íntimo donde nuestros hombros se tocaban inevitablemente. Las luces se atenuaron poco después, sumiendo la sala en una penumbra que parecía amplificar la conciencia de su cercanía.
La autora apareció en el escenario, una mujer de mediana edad con una presencia magnética. Su voz, profunda y melodiosa, llenó el espacio mientras recitaba poemas sobre el deseo, la pérdida, la búsqueda de conexión en un mundo fragmentado. El amor y el sexo.
Sentí la mirada de Lilith sobre mí cuando recitó un poema casi erótico y me giré para encontrarme con sus ojos. En la penumbra del auditorio, su expresión era indescifrable, pero había una intensidad que me robó el aliento. ¿Estaba pensando lo mismo que yo? ¿Sentía este mismo deseo entre las piernas que amenazaba con consumirme?
Sus versos sobre amor prohibido reverberaron en mi interior como si estuviera hablando directamente de nuestra situación. De esta línea ética que siempre había considerado infranqueable y que ahora parecía difuminarse con cada minuto que pasaba junto a Lilith.
Cuando el poema terminó, el público estalló en aplausos. Sin pensarlo, coloqué mi mano sobre la de Lilith que descansaba sobre su rodilla. Fue un gesto instintivo, casi inconsciente, pero en el momento en que sentí el calor de su piel bajo mis dedos, me di cuenta de lo que había hecho.
Retiré mi mano rápidamente. Pero el daño, o el placer, ya estaba hecho. Lilith me miró de reojo, una sonrisa apenas perceptible en la comisura de sus labios.
Al finalizar la lectura, salimos del auditorio envueltas en un silencio cargado de palabras no dichas. La noche había refrescado, y Lilith se ajustó su chaqueta de cuero, un gesto simple que seguí con la mirada más tiempo del necesario.
—Ha sido una velada maravillosa —dijo, deteniéndose frente a mí—. Gracias por invitarme.
—El placer ha sido mío —respondí con un susurro.
Nos quedamos ahí, bajo la luz amarillenta de una farola, como atrapadas en un momento de decisión. Su mirada descendió a mis labios por un instante, y sentí que mi pulso se aceleraba.
—Debería irme —murmuró al fin.
—Sí, es tarde —asentí.
Entonces se inclinó hacia mí. Sentí su aliento cálido contra mi mejilla antes de que sus labios la rozaran suavemente, deteniéndose en la comisura de mi boca durante un segundo que pareció estirarse hasta el infinito.
—Buenas noches, Carmen —susurró contra mi piel.
Y luego se fue, caminando calle abajo con esa confianza que siempre la caracterizaba,

dejándome paralizada bajo la farola, con el corazón latiendo tan fuerte que temía que pudiera escucharlo a pesar de la distancia.

Mi apartamento me recibió con un silencio acusador. Dejé el abrigo y el bolso en el sofá, y me dirigí directamente al baño. Necesitaba una ducha fría para aclarar mis pensamientos, para calmar este fuego que Lilith había encendido entre mis piernas y que ahora ardía descontrolado.

Pero antes, me detuve frente al espejo. Mi reflejo me devolvió la imagen de una mujer con las mejillas sonrojadas y los ojos brillantes. Lentamente, llevé mi mano a la comisura de mis labios, allí donde los suyos habían estado. El fantasma de ese contacto seguía ardiendo en mi piel.

—Esto es una locura —me dije—. Es tu estudiante.

Pero mi cuerpo no atendía a razones. El calor que había estado conteniendo toda la noche se concentraba ahora entre mis piernas, pulsando con una insistencia que no podía seguir ignorando.

Me quité el vestido y la ropa interior y me contemplé en el espejo desnuda. La piel de mi escote estaba sonrojada, mis pezones duros. Era la imagen de una mujer excitada, una mujer que deseaba a Lilith.

Nunca me había sentido así por una mujer antes. Había tenido amistades femeninas cercanas, incluso había admirado la belleza de otras mujeres, pero esto era muy diferente. Era un deseo primario, salvaje. Quería hacer el amor con ella toda la noche, no admirarla. Sentir sus dedos dentro de mí, su lengua en mi clítoris.

Con un largo suspiro, deslicé mi mano por mi pubis deteniéndome justo antes de tocar mi sexo. Por un momento dudé, como si este fuera el último límite que me separaba de reconocer por completo lo que sentía por ella.

A continuación, dejé que mis dedos exploraran mi sexo y la humedad que encontré entre mis piernas era la prueba innegable de mi excitación. Cerré los ojos mientras mis dedos exploraban, imaginando que eran las manos de Lilith las que me acariciaban, sus labios los que recorrían mi cuello, su lengua la que lamía mis pezones, su voz la que susurraba mi nombre.

El placer se acumuló con rapidez, intensificado por semanas de tensión no reconocida, de deseo reprimido. Cuando el orgasmo me alcanzó, fue con su nombre en mis labios, un susurro prohibido que flotó en el silencio de mi baño.

Capítulo 7

Lilith

La biblioteca de la universidad adquiría un carácter casi místico tras las nueve de la noche. Los amplios espacios que durante el día bullían de actividad y conversaciones entre susurros se transformaban en un santuario silencioso donde el tiempo fluía de un modo diferente. Solo las lámparas de lectura permanecían encendidas, creando pequeños oasis de luz entre las sombras de las estanterías.

Me había acomodado en mi rincón favorito, junto a un ventanal que daba al jardín interior del campus. La mesa estaba cubierta por libros de teoría literaria y varias ediciones de obras que Carmen me había sugerido consultar para mi proyecto. Un trabajo que no formaba parte de la evaluación regular, sino una investigación personal que había nacido de nuestras conversaciones durante las últimas semanas.

Tracé con el dedo una frase subrayada en el texto que estaba leyendo. Las palabras parecían vibrar con una energía particular esta noche, como si contuvieran algún mensaje cifrado especialmente para mí. O quizás solo estaba demasiado cansada después de cuatro horas de lectura ininterrumpida.

El leve crujido de la puerta principal me sacó de mi ensimismamiento. Era extraño que alguien llegara a esta hora; la biblioteca cerraba pronto y la mayoría de los estudiantes ya se habían retirado a sus dormitorios o apartamentos. Levanté la vista distraídamente, esperando ver al guardia de seguridad en su ronda habitual.

Sin embargo, mi corazón dio un vuelco cuando reconocí la figura que avanzaba entre las estanterías.

Carmen Vega caminaba con ese aire de elegancia natural que siempre me había fascinado, su figura esbelta envuelta en un abrigo azul marino que nunca le había visto antes. Llevaba el cabello suelto, cayendo en suaves ondas sobre sus hombros, tan diferente del recogido profesional que solía llevar en clase. En sus brazos cargaba varios libros y un cuaderno de notas.

Nuestras miradas se encontraron y, por un instante, pareció tan sorprendida de verme como yo a ella. Luego, una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios.

—Lilith —saludó en voz baja, acercándose a mi mesa—. Trabajando hasta tarde, por lo que veo.

—Profesora Vega —respondí, sintiendo un repentino nerviosismo—. Quiero decir, Carmen. Sí, estaba... estoy investigando sobre esos textos que mencionaste la semana pasada.

Su mirada recorrió los libros dispersos sobre mi mesa y asintió con aprobación.

—Estoy impresionada con tu dedicación —comentó, dejando sus propios libros sobre la mesa contigua a la mía—. No esperaba encontrar a nadie aquí a esta hora.

—¿Trabajas aquí a menudo?

—A veces —respondió, quitándose el abrigo y colocándolo sobre el respaldo de la silla—. Hay una calma especial en las bibliotecas por la noche. Menos distracciones.

Se sentó y comenzó a organizar sus materiales con meticulosa precisión. Vestía una blusa de seda color crema y unos pantalones negros de corte impecable. Informal pero elegante, como si hubiera salido de una cena para venir directamente aquí.

—Estoy trabajando en un artículo —explicó, casi como justificando su presencia—. Una

coincidencia interesante, considerando tu proyecto.
—Bastante coincidencia —murmuré, preguntándome si realmente lo era.
Durante la siguiente media hora, trabajamos en silencio, pero era un silencio cargado de conciencia mutua. Cada vez que levantaba la vista, la encontraba inclinada sobre sus notas, el cabello cayendo como una cortina oscura que ocultaba parcialmente su rostro. En ocasiones, sus dedos se detenían sobre la página y quedaba inmóvil, como perdida en algún pensamiento profundo. En esos momentos, me permitía observarla con más detenimiento y el escote que dejaba ver su blusa no ayudaba a que pudiera concentrarme.
Cada vez que nuestras miradas se cruzaban, invariablemente, una leve sonrisa se dibujaba en sus labios antes de regresar a sus notas.
En algún momento, comenzó a buscar un libro específico, revisando entre los volúmenes que había traído sin encontrarlo.
—¿Buscas algo en particular? —pregunté al notar su frustración.
—La edición crítica de *Pedro Páramo* de Rulfo con las anotaciones de González Boixo —respondió, pasándose una mano por el cabello en un gesto inusualmente vulnerable—. Estaba segura de haberla traído.
—Tengo una copia justo aquí —indiqué, extrayendo el volumen de entre mi pila de libros —. Es uno de los textos que me recomendaste para analizar la narrativa no lineal.
Me levanté y me acerqué a su mesa, extendiendo el libro. Nuestros dedos se rozaron cuando lo tomó, un contacto breve pero que casi me hizo suspirar.
Un trueno retumbó en la distancia, sobresaltándonos a ambas. No me había percatado de que el clima había cambiado durante nuestra conversación. A través del ventanal, vi que el cielo se había oscurecido considerablemente y las primeras gotas de lluvia comenzaban a golpear contra el cristal.
—Parece que se acerca una tormenta —comentó, mirando hacia la ventana con cierta preocupación.
—Lo que me faltaba —respondí, recordando que había venido a pie y no había traído paraguas.
Durante la siguiente media hora, mientras la lluvia arreciaba afuera, continuamos trabajando, pero ahora intercambiando notas y observaciones en voz baja. Me había trasladado a su mesa, sentándome frente a ella. Nuestras cabezas se inclinaban sobre los mismos textos, y a veces nuestros dedos se rozaban al señalar un pasaje particularmente relevante.
Había algo increíblemente íntimo en ese intercambio intelectual. La forma en que completaba mis pensamientos, cómo ampliaba mis ideas con las suyas, creaba una sensación de conexión que trascendía lo puramente académico. Era como una danza perfectamente coreografiada, nuestras mentes se movían en sintonía.
El anuncio del cierre de la biblioteca nos sorprendió a ambas. El guardia de seguridad se acercó a nuestra mesa, disculpándose por interrumpir pero indicando que era hora de marcharse.
Cuando salimos al vestíbulo, la lluvia se había convertido en un auténtico diluvio. El agua caía en cortinas densas, convirtiendo el campus en un paisaje borroso de luces difusas.
—¿Viniste en coche? —preguntó alzando las cejas con preocupación.
—No, caminando.
—Te llevaré. Mi coche está en el estacionamiento de profesores.
Acepté y corrimos bajo la lluvia hacia el aparcamiento, compartiendo su paraguas, que

apenas servía como protección contra la feroz tormenta. Para cuando llegamos a su coche, un elegante sedan negro, ambas estábamos empapadas.
El interior del vehículo era tan elegante y sobrio como ella misma: asientos de cuero negro, tablero minimalista, todo impecablemente limpio excepto por algunos libros apilados en el asiento trasero. El aire olía suavemente a su perfume, más concentrado en este espacio cerrado.
Carmen encendió el motor y la calefacción, mientras yo le daba la dirección de mi apartamento. La radio se encendió automáticamente, emitiendo las notas suaves de lo que reconocí como el Nocturno Op. 9 No. 2 de Chopin.
—Lo siento —susurró, bajando el volumen—. Tengo esta costumbre de escuchar música clásica mientras conduzco.
—Es perfecta —respondí, sintiéndome extrañamente conmovida por este pequeño detalle personal—. Mi padre solía tocar Chopin cuando era niña.
El coche avanzaba lentamente por las calles casi vacías. El sonido de la lluvia golpeando contra el techo y el rítmico vaivén de los limpiaparabrisas creaba una extraña sensación de intimidad. Como si estuviéramos aisladas del mundo exterior, suspendidas en un espacio fuera del tiempo donde solo existíamos nosotras dos.
—¿Cómo empezaste a interesarte por la literatura? —preguntó de pronto, rompiendo un silencio que se había prolongado varios minutos.
—Los libros fueron mi refugio cuando era adolescente —respondí, encontrando curiosamente fácil compartir algo tan personal—. Mi padre era militar, nos mudábamos constantemente. Los libros eran los únicos amigos que podía llevar conmigo a todas partes.
—Entiendo ese sentimiento —asintió—. Para mí fue similar, aunque por razones diferentes. Mi familia emigró de Chile cuando yo tenía ocho años. Los libros me ayudaron a preservar mi idioma, mi cultura... mi identidad.
Había algo vulnerable en su voz que nunca había escuchado antes. Me pregunté cuántas personas conocían esta faceta de Carmen Vega, cuántos habían tenido el privilegio de ver más allá de la brillante académica.
La lluvia se intensificó cuando llegamos a mi edificio, un modesto bloque de apartamentos no muy lejos del campus. Carmen aparcó el coche frente a la entrada principal.
—Gracias por traerme.
—Ha sido un placer —respondió, sus manos aún en el volante, aunque el motor estaba ya apagado—. Es refrescante poder discutir estas ideas con alguien que realmente comprende la profundidad de los textos.
Otro trueno retumbó en la distancia, y por un momento, la luz de un relámpago iluminó su rostro, revelando una expresión que no supe interpretar. ¿Duda? ¿Anhelo? ¿Conflicto?
—Debería entrar —murmuré, aunque no hice ningún movimiento para abrir la puerta.
—Sí, deberías —coincidió, pero sus ojos permanecían fijos en los míos.
El silencio se extendió entre nosotras, interrumpido solo por el sonido constante de la lluvia y la música suave que ahora había pasado a un nocturno de Debussy. Había una tensión casi palpable en el aire, como si ambas supiéramos que estábamos al borde de un precipicio.
—Carmen, yo... —comencé, sin saber realmente qué quería decir.
—Esto no está bien —susurró, pero su mirada había descendido a mis labios.
Me incliné ligeramente hacia ella, con la excusa de recoger mi bolso del suelo del coche. Al incorporarme, nuestros rostros quedaron a centímetros de distancia. Podía sentir su respiración, ligeramente agitada, mezclándose con la mía.

Y entonces, como si alguna fuerza invisible me empujara, busqué sus labios. Fue apenas un roce al principio, un contacto tan ligero que podría haber sido accidental. Pero luego, como si lo hubiera estado esperando, me devolvió el beso con más pasión.
El tiempo pareció detenerse. Sus labios eran suaves, cálidos, con un leve sabor a café y algo dulce que no logré identificar. Sentí cómo su mano subía para acariciar mi mejilla y lo hacía con una delicadeza que contrastaba con la creciente intensidad del beso.
Mi cuerpo entero parecía haberse despertado de un largo letargo. Cada terminación nerviosa vibraba con una conciencia nueva, como si nunca antes hubiera sido besada realmente. Sabía que lo que estábamos haciendo rompía todas las reglas, cruzaba líneas que no deberían ser cruzadas, pero en ese momento nada importaba excepto la sensación de sus labios contra los míos, la suavidad de su mano en mi mejilla, el suave gemido que se escapó de su garganta cuando mi lengua entró en su boca.
El beso se profundizó, se volvió más urgente, más desesperado. Mis manos se enredaron en su cabello, atrayéndola más cerca, mientras las suyas se deslizaban por mi espalda, sosteniéndome como si temiera que pudiera desvanecerme.
Y tan abruptamente como había comenzado, terminó. Carmen se apartó, sus ojos muy abiertos, una expresión de asombro y alarma transformando su rostro.
—Dios mío —murmuró, llevándose una mano a los labios—. Esto no... no podemos...
La realidad se precipitó sobre nosotras con la fuerza de un maremoto. Lo que acababa de ocurrir, lo que significaba, las consecuencias que podría tener. Un torrente de emociones cruzó su rostro: deseo, culpa, confusión, miedo.
—Carmen —comencé, pero no encontré palabras para continuar. ¿Qué podía decir? ¿Que lo sentía? No era cierto. ¿Que no volvería a ocurrir? No estaba segura de poder prometer eso.
—Deberías entrar —dijo al fin, su voz recuperando algo de su compostura habitual—. Es tarde.
Asentí, incapaz de sostener su mirada. Con dedos temblorosos, abrí la puerta del coche. La lluvia había amainado un poco, pero aún caía con suficiente fuerza para empaparme en los pocos pasos hasta la entrada del edificio.
—Buenas noches, Lilith —se despidió como si los últimos minutos no hubieran ocurrido.
—Buenas noches, Carmen —respondí, cerrando la puerta.
Permanecí bajo la lluvia, observando cómo su coche se alejaba lentamente por la calle, hasta que sus luces traseras desaparecieron en la distancia. Solo entonces llevé los dedos a mis labios, que aún hormigueaban con la memoria de su beso.
La lluvia caía sobre mí, pero apenas la sentía. Mi mente y mi cuerpo estaban inundados por sensaciones mucho más intensas: el sabor de sus labios, el aroma de su perfume que parecía haberse impregnado en mi piel, la suavidad de su tacto. La sensación de anhelo en mi sexo era casi dolorosa.
En ese momento, bajo la lluvia primaveral, supe con absoluta certeza que nada volvería a ser igual. Que había cruzado un umbral del que no había retorno posible.
Y lo más aterrador era que, a pesar de todas las alarmas que sonaban en mi cabeza, a pesar de saber perfectamente las consecuencias que esto podría tener para ambas, no me arrepentía en absoluto.
Entré al edificio, dejando un reguero de agua tras de mí, pero sintiéndome extrañamente liviana, como si flotara. Porque por primera vez en mi vida, sabía lo que significaba desear algo, a alguien, con cada fibra de mi ser. Y aunque sabía que este camino probablemente estaba sembrado de obstáculos y dolor, no podía evitar sentir que por fin estaba

verdaderamente viva.

Capítulo 8

Carmen

Tres días. Había conseguido evitarla durante tres días completos. Cancelé la clase del martes, alegando un repentino malestar estomacal. Me aseguré de permanecer en mi despacho durante las horas de tutoría, con la puerta cerrada y un letrero que indicaba "Reuniones solo con cita previa". Un comportamiento cobarde, lo reconozco, pero necesitaba tiempo para procesar lo sucedido aquella noche en mi coche.

Aquel beso que había cambiado todo.

Mientras me movía por mi apartamento, recolocando objetos que no necesitaban ser recolocados, intentaba convencerme de que había sido un error, un momento de debilidad. Pero cada vez que cerraba los ojos, volvía a sentir sus labios sobre los míos, el calor de su aliento, la suavidad de su piel bajo mis dedos.

El mensaje llegó mientras preparaba la cena. Un simple texto que hizo que mi corazón se acelerara como si hubiera corrido una maratón.

"He terminado mi manuscrito. ¿Podría entregártelo personalmente esta noche? Lilith."

Me quedé mirando la pantalla durante varios minutos, el cuchillo suspendido sobre una cebolla a medio cortar. La respuesta sensata era clara: no. Debería pedirle que lo dejara en mi casillero o que me lo enviara por correo electrónico. Debería mantener nuestra relación en un plano estrictamente profesional a partir de ahora. Debería...

"De acuerdo. ¿Te parece bien a las 8? Te envío mi dirección."

Mis dedos teclearon la respuesta casi con voluntad propia, y antes de poder reconsiderarlo, el mensaje ya estaba enviado.

Pasé la siguiente hora en un frenesí de actividad, transformando mi apartamento como si esperara al presidente de algún país y no a una estudiante. La palabra "estudiante" resonó en mi mente como una alarma, recordándome la línea que ya había cruzado, pero aparté ese pensamiento de inmediato.

Sustituí las margaritas algo marchitas del jarrón central por unas rosas frescas que había comprado el día anterior. Seleccioné un vinilo de Chet Baker para que sonara suavemente desde el tocadiscos antiguo que había heredado de mi abuelo.

A las 7:45, ya había cambiado de atuendo tres veces, decidiendo finalmente por un sencillo vestido de color burdeos que Lilith me había dicho una vez que resaltaba el tono de mi piel. Me recogí el cabello en un moño suelto, dejando que algunos mechones enmarcaran mi rostro. Un toque de perfume en el cuello, las muñecas, detrás de las rodillas. Como si me preparara para una cita.

—Esto no es una cita —me recordé a mí misma mientras descorchaba una botella de Malbec argentino para que respirara—. Es una reunión académica. Ella entregará su trabajo y yo le daré algunos comentarios preliminares. Nada más.

El timbre sonó exactamente a las ocho. Lilith era puntual, otra cualidad que añadir a la lista cada vez más larga de cosas que me atraían peligrosamente a ella.

Respiré hondo antes de abrir la puerta.

La visión de Lilith en el umbral me dejó momentáneamente sin palabras. Llevaba un vestido sencillo de color azul oscuro bajo un abrigo negro, su cabello negro recogido en una trenza que caía sobre su hombro derecho. En sus manos sostenía un sobre grande de papel

manila que supuse contenía su manuscrito.
—Buenas noches, Carmen —saludó, y la suavidad con que pronunció mi nombre, como si fuera algo precioso, envió un escalofrío por mi espalda.
—Buenas noches, Lilith. Pasa, por favor.
Se adentró en mi apartamento, sus ojos recorrieron cada detalle con esa atención intensa que ponía en todo. La vi registrar los libros en las estanterías, las fotografías enmarcadas, el ambiente cuidadosamente creado que revelaba más sobre mí que cualquier confesión.
—Tienes un lugar precioso —comentó, quitándose el abrigo cuando se lo pedí—. Exactamente como lo había imaginado.
—¿Has pensado en cómo sería mi apartamento? —pregunté sorprendida mientras colgaba su abrigo en el perchero junto a la puerta.
—He pensado en muchas cosas sobre ti —respondió con una franqueza que me desarmó—. Incluso algunas que no debería haber pensado.
Un silencio incómodo se instaló entre nosotras, roto tan solo por las suaves notas de jazz que flotaban en el aire.
—He traído el manuscrito —anunció, extendiendo el sobre hacia mí como si fuera una ofrenda—. Está terminado, aunque estoy segura de que necesitará revisiones.
—Todos los manuscritos las necesitan —respondí de manera automática, tomando el sobre y colocándolo sobre la mesa de café—. ¿Te apetece un poco de vino? He abierto un Malbec que creo que te gustará.
—Me encantaría, gracias —susurró.
Me siguió hasta la cocina abierta, observando cómo sus ojos recorrían los estantes llenos de especias y las ollas de cobre colgadas sobre la isla central.
—¿Cocinas mucho? —preguntó, apoyándose ligeramente contra la encimera de mármol.
—Es una forma de relajarme —admití mientras servía dos copas de vino—. Hay algo terapéutico en seguir una receta, en transformar ingredientes simples en algo completamente nuevo.
—Como escribir —observó.
—Exactamente como escribir.

Más tarde, en el salón, cada una con una copa de vino, nos sentamos en el sofá con el manuscrito entre nosotras, como si fuese una barrera física. Lilith tomó un sorbo y sus labios dejaron una ligera marca en el cristal que me encontré observando con demasiada atención.
—¿Quieres que te hable del proyecto? —preguntó, sacándome de mi ensimismamiento.
—Por favor.
Mientras comenzaba a explicarlo, me permití perderme en el sonido de su voz. Hablaba con una pasión que animaba sus palabras, que iluminaba su rostro. Esta era la Lilith que me había cautivado desde el primer día de clase: la intelectual brillante, la escritora prometedora, la mente inquieta que no se conformaba con respuestas simples.
—He incluido un pasaje que me gustaría que escucharas —dijo, interrumpiendo mis pensamientos—. Es una escena crucial para entender la relación entre los personajes principales.
Abrió el manuscrito en una página marcada con un pequeño post-it azul y comenzó a leer. Su voz cambió de manera sutil, adquiriendo una cualidad más profunda, más íntima, como si estuviera compartiendo un secreto.
"Elena sabía que había cruzado un umbral del que no había retorno posible. Cada fibra de

su ser le advertía del peligro, pero su corazón había tomado ya una decisión. Observó a Sofía dormida junto a ella, completamente desnuda, y comprendió que algunas cosas valían cualquier riesgo. Algunos amores exigían sacrificio, valentía, la voluntad de saltar sin saber dónde aterrizarías. Y mientras trazaba con delicadeza la línea de sus pechos, supo que, por primera vez en su vida, estaba dispuesta a caer sin red."

Cuando terminó de leer, levantó la mirada buscando la mía. Se ruborizó. Un mechón de cabello había escapado de su trenza y caía sobre su rostro, enmarcando sus ojos oscuros que me miraban expectantes.

Sin pensar, extendí la mano y aparté suavemente el mechón, colocándolo detrás de su oreja. Mis dedos se demoraron en su mejilla, sintiendo la suavidad de su piel. El tiempo pareció detenerse en ese instante.

—Carmen —susurró—. Estoy dispuesta a caer sin red.

El manuscrito se deslizó entre nosotras, cayó al suelo con un ruido sordo que ninguna de las dos pareció registrar. Lilith giró ligeramente el rostro, presionando su mejilla contra la palma de mi mano en un gesto de entrega que derribó mis últimas defensas.

En ese momento comprendí que estaba perdida. Que lo había estado desde que entró por primera vez en mi aula, desafiante y vulnerable a la vez. Que todos mis intentos de mantener la distancia, de recordarme a mí misma los límites éticos, habían sido en vano.

Nuestras manos se buscaron, los dedos entrelazándose. Me incliné hacia ella, o quizás fue ella quien se acercó a mí. El espacio entre nosotras desapareció lentamente hasta que pude sentir su aliento cálido sobre mis labios.

El primer contacto fue tentativo, un roce suave. Un beso que preguntaba, que pedía permiso. Mi lengua se abrió paso entre sus labios, mi mano encontró el camino hacia su nuca, enredándose en los cabellos que escapaban de su trenza.

Escuché su gemido contra mi boca y ese sonido despertó algo primario en mí, una necesidad que había mantenido encadenada durante demasiado tiempo. El beso se transformó, se volvió más urgente. Lilith se levantó para sentarse a horcajadas sobre mis piernas, acariciando mis pechos como si fuese lo único que necesitaba en ese instante.

—Ven conmigo —susurré, levantándome y extendiendo mi mano hacia ella.

La tomó sin dudar y la guié hasta mi dormitorio.

Me detuve junto a la cama, súbitamente insegura. Siempre había estado con hombres hasta ese momento.

Lilith pareció sentir mi vacilación. Con una ternura que no esperaba, tomó mi rostro entre sus manos y me besó, esta vez con una dulzura que me hizo estremecer.

—No tenemos que hacer nada que no quieras —murmuró contra mis labios.

—Lo quiero todo —respondí con una honestidad que me sorprendió—. Te quiero a ti, Lilith. He intentado no hacerlo, pero...

—Entonces deja que te desnude, porque llevo toda la semana masturbándome mientras pensaba en este momento —susurró.

—Lilith, yo…

No pude terminar la frase porque sus labios volvieron a fundirse con los míos, más seguros ahora, más demandantes. Comenzó a explorar mi cuerpo con una mezcla de reverencia y deseo que encendió mi piel. Encontró el cierre de mi vestido y lo bajó con lentitud, sus dedos trazando cada centímetro de piel expuesta como si estuviera memorizando un mapa.

El vestido cayó a mis pies con un suave susurro, dejándome en ropa interior de encaje negro. Recorrió mi cuerpo con una intensidad que era casi palpable. No había vergüenza en

su mirada, solo un deseo crudo y honesto que me hizo sentir hermosa.
—Eres perfecta —susurró mientras la punta de sus dedos trazaba el contorno de mi clavícula, descendiendo por el valle entre mis pechos.
—Quítate la ropa —respondí, alcanzando el cierre de su vestido.
La prenda se deslizó por su cuerpo, revelando curvas suaves y piel pálida que parecía brillar bajo la luz tenue. Llevaba ropa interior blanca, sencilla, muy diferente de la mía, y sin embargo perfectamente ella. Auténtica, sin pretensiones.
La conduje suavemente hacia la cama, recostándola sobre las sábanas como si fuera algo precioso y frágil. Me coloqué sobre ella, mi cabello suelto cayendo como una cortina alrededor de nuestros rostros, creando un mundo privado donde solo existíamos nosotras dos.
Nuestros cuerpos se encontraron, piel contra piel, en un abrazo que pareció borrar todos los límites físicos. Tracé con los labios un camino desde su boca hasta su cuello, deteniéndome en el punto donde su pulso latía con fuerza bajo la piel.
—Carmen —gimió cuando mis dientes rozaron suavemente el lóbulo de su oreja—. Por favor...
Sus manos recorrían mi espalda, descendiendo hasta la curva de mis caderas, aprendiendo las geografías de mi cuerpo con una curiosidad insaciable. Cada caricia encendía nuevos fuegos bajo mi piel, despertando sensaciones que creía olvidadas o que quizás nunca antes había experimentado con tal intensidad.
Desabroché su sujetador casi temblando, liberando unos pechos pequeños y perfectos. Mi lengua trazó círculos alrededor de su pezón endurecido, los más bonitos que había visto jamás, arrancando gemidos que sonaban como música en mis oídos.
Lilith arqueó su cuerpo contra el mío, buscando más contacto, más fricción.
—Desnúdate del todo —susurró, y esas simples palabras enviaron una onda de placer a través de mi cuerpo.
Hice lo que me pidió y se sintió totalmente natural. Invertí nuestras posiciones, permitiéndole explorar mi cuerpo a su antojo. Sus manos, esas manos que había observado tantas veces tomando notas en clase, ahora recorrían mis curvas con una mezcla de reverencia y deseo que me dejaba sin aliento.
—Dime qué te gusta —pidió, su voz un susurro ronco junto a mi oído antes de morder mi oreja.
—Me gustas tú —respondí, guiando su mano hacia mi sexo—. Todo lo que haces, todo lo que eres.
Sus dedos me encontraron húmeda, lista, y la sonrisa en sus labios al sentir mi excitación me excitó casi tanto como su caricia. Gemí al sentir sus dedos en mi interior, encontrando el ritmo que me hacía estremecer, aprendiendo con cada jadeo, con cada suspiro que se escapaba de mis labios.
Deslicé una mano entre sus piernas, descubriendo su propia humedad, y el pequeño grito que emitió al sentir dos de mis dedos al entrar en su interior fue el sonido más erótico que jamás había escuchado. Nos movimos juntas, nuestros cuerpos cabalgando en una sincronía perfecta, como si hubiéramos hecho el amor durante mil vidas.
El placer se construyó lentamente, como una ola que crece en el horizonte lejano, amenazando con arrastrarnos en cualquier momento. Los dedos de Lilith se volvieron más insistentes, su ritmo más errático a medida que su propio placer aumentaba bajo mis caricias.

—Mírame —susurró mientras curvaba los dedos hacia arriba, alcanzando un punto que me volvía loca de deseo.
El orgasmo nos alcanzó de manera casi simultánea, una explosión de sensaciones que pareció conectarnos a un nivel más profundo que el meramente físico. Sentí cada estremecimiento de su sexo contra mis dedos como si fuera el mío propio, cada gemido resonó en mi interior como un eco.
Nos derrumbamos juntas sobre las sábanas revueltas, nuestros cuerpos entrelazados, nuestras respiraciones agitadas tratando de sincronizarse. Lilith apoyó su cabeza en mi pecho e instintivamente comencé a acariciar su cabello, ahora suelto y extendido como un manto oscuro sobre las sábanas blancas.
—¿En qué piensas?
—En lo irresponsable que he sido —confesé, aunque mis dedos continuaron su suave caricia en su cabello—. En todas las reglas que acabo de romper.
—¿Te arrepientes? —preguntó con miedo y había una vulnerabilidad en su voz que me rompió el corazón.
—No —respondí sin dudar—. Y ese es precisamente el problema. Debería arrepentirme, pero no puedo. No cuando se siente tan...
—Tan correcto —completó, levantando la cabeza para mirarme—. Como si fuera exactamente donde debemos estar.
—Sí, exacto —admití—. Aunque eso no cambia las complicaciones que podríamos tener.
—Lo sé —respondió, trazando patrones imaginarios alrededor de mi areola—. Pero no quiero pensar en eso ahora. ¿Podemos simplemente... existir en este momento? ¿Sin preocuparnos por el mañana?
Como respuesta, la atraje hacia mí en un beso profundo y lento, un beso que prometía sin palabras que, al menos por esta noche, el mundo exterior con sus reglas y expectativas no existiría para nosotras.
Hablamos durante horas, nuestros cuerpos entrelazados bajo las sábanas, compartiendo historias, sueños y miedos. Lilith me contó sobre su infancia. Yo le hablé de mi juventud en Chile.
Le confesé mi soledad, la dificultad para conectar realmente con alguien después de tantos años priorizando mi carrera académica. Ella me habló de su sensación constante de no encajar, de ser siempre demasiado intensa, demasiado curiosa, demasiado todo para las personas a su alrededor.
En algún momento, el cansancio nos venció. Las palabras se volvieron más lentas, los pensamientos más difusos, hasta que el silencio nos envolvió, esta vez acompañado por el ritmo acompasado de su respiración.
Me quedé despierta algo después de que Lilith se durmiera, observando la perfección de sus senos desnudos bajo la luz de la luna. Parecía tan joven en ese momento, tan vulnerable y confiada, completamente entregada al sueño con una inocencia que contrastaba con la pasión y la intensidad que había demostrado mientras hacíamos el amor.
—Te quiero —susurré en la oscuridad, palabras que nunca me habría atrevido a pronunciar si estuviera despierta.

Capítulo 9

Lilith

Era como vivir en una película donde todos los colores se habían vuelto de golpe mucho más intensos. El verde de los árboles del campus parecía más vivo, el azul del cielo más profundo, incluso el sabor del café de la cafetería de la universidad me resultaba extraordinario. Llevaba tres días flotando en una especie de burbuja de felicidad que me aislaba del mundo real. Las horas pasaban como minutos y cada pensamiento, inevitablemente, terminaba en ella.

En Carmen.

El recuerdo de nuestra noche juntas regresaba a mi mente en los momentos menos oportunos. Durante una clase de Literatura Medieval, me encontré perdida en la memoria de su lengua sobre mi clítoris; en el seminario de Poesía Contemporánea, mi mente vagaba hacia la sensación de sus dedos curvándose en mi interior. Y cuando intentaba concentrarme en mis lecturas nocturnas, mi mano vagaba de manera inevitable entre mis piernas.

—Tierra llamando a Lilith, ¿hay alguien ahí? —La voz de Valeria, me devolvió bruscamente a la realidad.

Estábamos sentadas en los jardines del campus, supuestamente repasando para el examen de Teoría Literaria. El libro de texto descansaba olvidado en mi regazo, abierto en la misma página desde hacía veinte minutos.

—Perdón, estaba... pensando —murmuré, ajustando mis gafas de sol para ocultar mi sonrojo.

—Pensando —repitió con escepticismo, cerrando su propio libro—. Has estado “pensando” durante toda la semana. O mejor dicho, has estado en la luna. Y sonríes al teléfono cada vez que llega un mensaje, aunque luego finges que no es nada importante.

—No es nada —insistí, pero incluso yo podía escuchar lo poco convincente que sonaba.

—Lilith, nos conocemos desde hace tres años. Sé cuándo estás mintiendo —entrecerró los ojos con una sonrisa cómplice—. Hay alguien, ¿verdad? Por fin has conocido a alguien que te tiene loca, no me lo puedo creer.

Sentí un nudo en el estómago. Valeria era mi confidente habitual, pero esto... esto era muy diferente. No podía contarle la verdad. No podía pronunciar en voz alta que había pasado la noche en el apartamento de la doctora Carmen Vega, que había despertado entre sus sábanas, que conocía el sabor exacto de su piel. De cada zona de su piel.

—No es lo que piensas —respondí, jugando nerviosamente con la esquina de una página—. Es... complicado.

—¿Complicado cómo? No me digas que está casada. ¿Es mucho mayor que tú? —insistió, inclinándose hacia mí con interés.

La palabra “mayor” me provocó un escalofrío. Me sacaba doce años. Pero no era tanto la diferencia de edad lo que importaba, sino lo que representaba. La distancia profesional, la relación de poder, las reglas que estábamos rompiendo dentro de la universidad.

—Conocí a alguien en la feria del libro del mes pasado —improvisé, odiándome por cada palabra—. Es escritora. Trabaja en su segunda novela.

—¿Una escritora? —los ojos de Valeria brillaban de emoción—. ¿La conozco? ¿Ha

publicado algo que hayamos leído?
—No, no es muy conocida todavía —continué con mi mentira, sintiendo cómo cada palabra me alejaba más de mi amiga, creando un abismo de secretos entre nosotras—. Vive aquí, pero... está solo temporalmente. Es complicado.
—Todas las escritoras son complicadas —murmuró Valeria—. Es parte de su encanto. Pero, vamos, necesito más detalles. ¿Cómo se llama? ¿Cómo es?
—Prefiero no hablar de ello, de verdad —respondí, cerrando mi libro con fuerza—. Es muy reciente y no quiero... no sé si va a llegar alguna parte.
Mi amiga me estudió durante unos instantes con esa mirada penetrante que siempre me hacía sentir como si pudiera leer mis pensamientos. Finalmente, se encogió de hombros.
—Está bien, guarda tus secretos por ahora. Pero cuando estés lista, quiero conocer todos los detalles jugosos —me guiñó un ojo—. Especialmente los jugosos. Ya sabes. Quiero saber si es buena en la cama —agregó con un susurro.
El alivio por haber evitado más preguntas fue momentáneo. Mientras caminábamos hacia la cafetería, un nuevo tipo de malestar se instaló en mi pecho: había mentido a mi mejor amiga. Por primera vez, había una parte de mi vida que no podía compartir con ella. Un secreto que debía proteger a toda costa.
La cafetería estaba abarrotada a esa hora, el bullicio de conversaciones y risas creaba un zumbido constante que normalmente encontraba reconfortante. Nos sentamos en una mesa en la esquina, con nuestros cafés y sándwiches, y Valeria pronto se sumergió en una anécdota sobre su desastrosa cita del fin de semana.
Fue entonces cuando las escuché. Dos chicas en la mesa de al lado, estudiantes de último año, hablando en voz baja pero perfectamente audible desde mi posición.
—¿Te enteraste de lo que pasó en Bellas Artes? —decía una, inclinándose hacia su amiga —. Echaron a la profesora Jackson. Al parecer, estaba liada con un estudiante del seminario de último año.
—¿En serio? —respondió la otra—. Qué desastre. ¿Cómo pueden ser tan estúpidos?
—Parece que alguien los vio en un bar fuera del campus. Muy acaramelados, dándose besitos y esas cosas. Alguien hizo fotos y las envió al decano.
—¿Y qué pasó con el estudiante?
—No mucho. Creo que una amonestación, quizás perderá algún crédito. Pero ella... —hizo una pausa dramática—. Su carrera está acabada. Nadie va a contratarla después de esto. Una cosa así te persigue para siempre. Imagina una profesora con un estudiante. Qué cerda, seguro que se estaba aprovechando de él. Se tiene muy merecido el despido —añadió.
De pronto, sentí que me faltaba el aire. La sangre abandonó mi rostro y mis manos empezaron a temblar tan violentamente que tuve que dejar la taza de café en la mesa para no derramarlo. Las palabras retumbaban en mi cabeza: “su carrera está acabada”. “Te persigue para siempre”.
—¿Lilith? ¿Estás bien? Te has puesto pálida de repente —la voz preocupada de Valeria sonaba distante, como si me hablara a través de un túnel.
—Estoy... no me siento muy bien —logré balbucear—. Creo que necesito aire. Tengo que salir de aquí.
Me levanté de manera abrupta, la silla chirriando contra el suelo. Varias cabezas se giraron en mi dirección, incluidas las de las chicas de la mesa contigua. Por un terrible instante, tuve la irracional certeza de que podían leer en mi rostro lo que había hecho, que de alguna manera mi culpabilidad estaba escrita en mi frente como una marca.

Salí casi corriendo de la cafetería y solo me detuve cuando llegué a un rincón apartado junto a la biblioteca. Me apoyé contra la pared de ladrillo, respirando profundamente, intentando calmar el pánico que crecía en mi pecho.

¿En qué estaba pensando? ¿Cómo podía haber sido tan egoísta, tan imprudente? No era solo mi futuro el que estaba en juego; era la carrera de Carmen, su reputación, todo por lo que había trabajado durante años. Una carrera brillante, con publicaciones en las revistas más prestigiosas, conferencias internacionales, el respeto de sus colegas... todo podría desvanecerse en un instante por mi culpa. Tan solo por unos instantes de placer.

Me dejé caer al suelo, abrazando mis rodillas contra el pecho. Las lágrimas que había estado conteniendo finalmente se desbordaron, resbalando silenciosamente por mis mejillas. La burbuja de felicidad en la que había vivido los últimos días reventó de un modo brutal, dejándome expuesta a la cruda realidad de nuestra situación.

Tenía que alejarme de ella. Era lo correcto, lo responsable. Debía protegerla, aunque eso significara romperme el corazón en el proceso.

***

El aula donde Carmen impartía su seminario de Literatura Hispanoamericana nunca me había parecido tan intimidante. Llegué temprano, eligiendo un asiento en la parte media, ni demasiado cerca para parecer ansiosa, ni demasiado lejos como para dar la impresión de estar evitándola.

Mi corazón latía con fuerza, preparándose para el momento en que ella cruzaría esa puerta. ¿Cómo me miraría? ¿Habría en sus ojos algún indicio de nuestra intimidad, alguna señal que otros pudieran captar?

Los demás estudiantes fueron llegando de manera gradual, como un goteo, llenaron el espacio con las conversaciones casuales de siempre. Me esforcé por participar en la charla con mis compañeros, fingiendo una normalidad que estaba muy lejos de sentir. Cada vez que la puerta se abría, mi cuerpo entero se tensaba en anticipación.

Y entonces, entró.

Carmen Vega, impecablemente vestida con un traje gris oscuro y una blusa blanca, su cabello recogido en un moño. No había ni un solo indicio visible de que esta mujer, tan compuesta y profesional, era la misma que había gemido mi nombre mientras tenía un orgasmo en su dormitorio.

Cuando levantó la mirada hacia la clase, nuestros ojos se encontraron por un instante. Fue apenas un segundo, pero sentí que el aire se electrizaba entre nosotras. Un destello de algo, quizás de anhelo, cruzó su rostro antes de que su expresión volviera a ser la máscara profesional de siempre.

—Buenos días a todos —comenzó con voz firme—. Hoy continuaremos con nuestro análisis de Borges, centrándonos en cómo el concepto de los universos paralelos influye en su narrativa.

Durante las siguientes dos horas, observé con fascinación cómo Carmen navegaba la clase con perfecta compostura. No hubo ni un solo momento en que pareciera mostrarme un trato especial. Me llamó para responder preguntas exactamente como lo hacía con los demás estudiantes, ni más ni menos.

Y sin embargo, yo era dolorosamente consciente de cada pequeño gesto: la forma en que se tocaba el collar mientras reflexionaba, el leve acento chileno que se intensificaba cuando hablaba con pasión sobre un pasaje particularmente complejo, la manera en que sus dedos, esos mismos dedos que me habían hecho gritar mientras me hacía el amor, sostenían con

elegancia el marcador al escribir en la pizarra.
Al finalizar la clase, anunció que estaría disponible para tutorías sobre el trabajo final y que los horarios estaban en su puerta. Nuestras miradas volvieron a encontrarse mientras recogía mis cosas, y por un instante, creí ver un mensaje silencioso en sus ojos. Pero quizás solo era mi imaginación proyectando mis propios deseos.
Durante los tres días siguientes, mantuvimos esa elaborada danza de indiferencia profesional. No hubo mensajes, no hubo encuentros “casuales” en la biblioteca, nada que pudiera levantar sospechas. Y con cada día que pasaba, la ansiedad crecía en mi interior. Se desbocaba. ¿Se habría arrepentido? ¿Habría llegado a la misma conclusión que yo, que el riesgo era demasiado grande?
Pero la idea de no volver a sentir su piel desnuda contra la mía, de no volver a escuchar sus gemidos, era insoportable.
Eran casi las diez de la noche cuando me encontré frente a la puerta de su apartamento. No había planeado ir; mis pies parecían haber tomado la decisión por mí, llevándome a través de la ciudad casi en un estado de trance.
Vacilé antes de llamar. ¿Y si no estaba sola? Me rompería el corazón para siempre si estaba con otra mujer. ¿Y si no quería verme? ¿Y si con mi presencia estaba poniendo en peligro todo lo que ella valoraba?
Pero necesitaba respuestas. Necesitaba saber si lo que habíamos compartido era tan real como yo lo sentía o si solo había sido un momento de debilidad que ahora ella lamentaba.
Finalmente, respiré hondo y llamé a la puerta.
Los segundos que siguieron parecieron estirarse indefinidamente. Luego, el sonido de pasos acercándose, una pausa, y la puerta se abrió.
Carmen apareció en el umbral, con gafas de lectura sobre la nariz y vestida con unos pantalones de chándal y una camiseta vieja de la Universidad de Chile. Su expresión al verme pasó rápidamente de la sorpresa al alivio, y finalmente a la preocupación.
—Lilith —susurró, mirando rápidamente al pasillo vacío detrás de mí—. ¿Qué haces aquí?
—Necesitaba verte —respondí—. Hablar contigo. Si... si es un mal momento, puedo irme.
Carmen vaciló solo un instante antes de abrir más la puerta.
—Pasa.
Entré, notando el familiar aroma a libros viejos y café recién hecho que ahora asociaba con ella. La puerta apenas se había cerrado cuando las palabras comenzaron a salir de mi boca en un torrente incontrolable.
—He estado pensando en nosotras, en lo que estamos haciendo —dije, paseando nerviosamente por la entrada—. Escuché a unas estudiantes hablar sobre una profesora que fue despedida por tener una relación con un alumno, y pensé... pensé en lo que podría pasarte si alguien descubriera lo nuestro, y no puedo soportar la idea de ser responsable de arruinar tu carrera, toda tu vida. Pero tampoco puedo soportar la idea de no verte, y sé que es egoísta pero no puedo... Carmen, me estoy volviendo loca sin ti.
—Respira.
Me detuve, dándome cuenta de que estaba temblando. Carmen me miraba con una mezcla de ternura y preocupación que hizo que mi corazón se acelerara aún más.
—Yo también he estado pensando —dijo en voz baja, guiándome hacia el sofá—. Constantemente. Sobre ti, sobre nosotras, sobre los riesgos.
—¿Y? —pregunté, temiendo su respuesta.
Dejó escapar un largo suspiro, pasándose una mano por el cabello en un gesto que ya

reconocía como señal de su conflicto interno.
—Y estoy aterrorizada —admitió al fin—. Aterrorizada de lo que esto podría significar para mi carrera, sí… Pero más aterrorizada aún de lo que siento por ti. De la intensidad con la que te deseo, a pesar de todas las razones por las que no debería hacerlo.
No sé quién se movió primero. Solo sé que de repente nuestros labios se unieron, nuestras lenguas se buscaron. Sus manos levantaron mi blusa, colándose por debajo de mi sujetador mientras yo colaba la mía entre sus piernas.
Este beso era diferente. Había en él una urgencia, un hambre primaria que hablaba de todos los días que habíamos pasado fingiendo que no había nada entre nosotras.
—No puedo vivir sin ti —susurró contra mi cuello antes de morderlo con suavidad—. Estos días han sido una tortura. Verte en clase y tener que pretender que no conozco el sabor exacto de tu sexo cuando te excitas, que no sé cómo suenas cuando tienes un...
No terminó la frase. No era necesario. Nos estábamos desnudando con torpeza, como si el mundo fuera a acabarse, como adolescentes que han robado un momento de intimidad.
—Lo sé —logré responder entre jadeos—. Yo también te he echado de menos. Cada minuto. Cada segundo.
—Carmen —suspiré cuando su lengua rozó uno de mis pezones—. Te necesito.
Levantó la mirada, sus ojos oscuros ardían con una intensidad que me robó el aliento. En ese momento, vi toda la lucha interior que libraba: el deseo contra la razón, la pasión contra la responsabilidad.
—Y yo a ti —respondió—. Aunque no debería. Aunque esto ponga en riesgo todo lo que he construido.
La culpabilidad amenazó con regresar al escuchar sus palabras, pero pronto mi cuerpo se arqueaba mientras cabalgaba a horcajadas sobre sus piernas, con dos de sus dedos dentro de mí.
Su boca en la mía ahogaba mis gemidos, sus dedos encontraron un ritmo que me llevaban cada vez más cerca del orgasmo, mis manos se colaban entre nuestros cuerpos para acariciar sus pezones endurecidos. Pronto, la tensión acumulada me llevó al clímax con su nombre en mis labios.
Horas más tarde, recostada en su cama y su cuerpo desnudo durmiendo a mi lado, la culpabilidad regresó como una ola lenta pero imparable.
Observé su rostro dormido, las facciones suavizadas por el sueño, y sentí un nudo en la garganta. ¿Qué derecho tenía yo a poner en peligro todo lo que ella había logrado?
Con cuidado para no despertarla, me deslicé fuera de la cama. Necesitaba pensar. De alguna manera, explorar su espacio mientras ella dormía me parecía una forma de conocerla mejor, de entender qué estaba en juego exactamente.
El apartamento estaba en silencio, iluminado solo por la luz de la luna que se filtraba a través de las cortinas entreabiertas. Recorrí descalza el pasillo hasta la sala de estar, completamente desnuda, observando con mayor detalle lo que antes había pasado por alto en mi prisa.
Las estanterías estaban organizadas meticulosamente. Junto a los clásicos de la literatura hispanoamericana, había secciones enteras dedicadas a la teoría feminista, a la literatura LGBTQ+, a autores de los que nunca había oído hablar.
En una repisa más alta, una colección de fotografías enmarcadas captó mi atención. Me acerqué para examinarlas mejor: Carmen mucho más joven, con lo que parecía su familia, todos con rasgos similares y sonrisas idénticas; Carmen en su graduación del doctorado,

sosteniendo orgullosa su diploma; Carmen en una conferencia, hablando ante un auditorio lleno.

Una vida entera capturada en imágenes, una carrera construida con esfuerzo y dedicación. Y yo estaba poniendo todo eso en riesgo.

Me sentí pequeña de repente, insignificante frente a todo lo que ella había logrado. ¿Quién era yo para poner en riesgo todo esto? Una estudiante de postgrado con sueños de ser escritora, sin nada que ofrecer excepto complicaciones y peligro.

Regresé a la habitación con un peso inmenso en el pecho. Carmen seguía dormida, su rostro girado hacia el lugar que yo había ocupado, como si incluso en sueños me buscara. Me senté suavemente en el borde de la cama, observándola.

En la penumbra, sin el escudo de su compostura profesional, parecía a la vez más vulnerable y más hermosa. Extendí una mano y acaricié su mejilla, temiendo despertarla pero incapaz de resistir el impulso de tocarla.

—¿En qué me estoy metiendo contigo? —susurré en la oscuridad, aunque sabía que ya era demasiado tarde para esa pregunta.

Capítulo 10

Carmen

La voz del Decano Smith flotaba en la sala de reuniones como un eco distante. Sus palabras sobre "ética profesional" y "conducta apropiada" parecían dirigidas específicamente a mí, aunque era imposible que supiera nada. La paranoia constante comenzaba a convertirse en mi estado natural.

—...especialmente importantes en estos tiempos donde las líneas entre lo personal y lo profesional pueden desdibujarse con facilidad —continuaba Smith, ajustando sus gafas de montura gruesa—. La universidad ha actualizado el protocolo de relaciones entre el profesorado y el alumnado, siendo ahora más explícito en cuanto a las consecuencias... consecuencias mucho más graves —añadió.

Mi bolígrafo golpeaba rítmicamente contra el bloc de notas mientras intentaba mantener una expresión neutral. ¿Era mi imaginación o Julia Hoffman, del Departamento de Literatura Comparada, me miraba con más intensidad de lo normal? ¿Y por qué Santiago Herrera había desviado la mirada cuando nuestros ojos se encontraron brevemente?

Una gota de sudor frío recorrió mi espalda. Cálmate, Carmen. Nadie sabe nada. Nadie puede saber nada.

—Doctora Vega, ¿algo que añadir sobre el tema?

La voz del Decano me sobresaltó, sacándome de mi espiral de ansiedad. La sala entera se había girado hacia mí, veinte pares de ojos esperando la respuesta. ¿Qué había preguntado exactamente? No tenía ni idea.

—Creo que las directrices son bastante claras, Decano —respondí con una seguridad que estaba lejos de sentir en esos instantes—. La integridad académica debe ser siempre nuestra prioridad.

Smith asintió, aparentemente satisfecho con mi respuesta genérica, y continuó con el siguiente punto del orden del día. Exhalé lentamente, sintiendo cómo la tensión abandonaba parcialmente mi cuerpo, aunque seguía temblando.

Mientras la reunión avanzaba, mi mente volvía a Lilith. A sus ojos oscuros, a la forma en que su cuerpo respondía a cada caricia, a las noches en mi apartamento donde todo parecía posible. A cómo, en medio de la oscuridad, con sus brazos alrededor de mi cintura y su respiración acompasada contra mi cuello, todos estos miedos parecían tan lejanos.

Pero aquí, bajo la luz fluorescente de la sala de reuniones, rodeada de colegas a los que respetaba y que me respetaban a mí, la realidad era aplastante. Lo que estábamos haciendo podría destruir mi carrera. Peor aún, podría perjudicar el futuro académico de Lilith.

—Con esto concluimos la reunión de hoy —anunció finalmente Smith—. Gracias a todos por su atención.

Recogí mis cosas de manera apresurada, deseando escapar antes de que alguien iniciara una conversación, pero Laura Quintero, profesora de Literatura Latinoamericana y probablemente la persona más cercana a una amiga que tenía en el departamento, me interceptó.

—¿Almorzamos juntas? —preguntó con una sonrisa cálida—. Han abierto un nuevo café vegetariano cerca del campus que he estado deseando probar.

Quería declinar, inventar alguna excusa sobre trabajo pendiente, pero su mirada me hizo dudar. Rechazarla solo generaría más sospechas.

—Claro —acepté con una sonrisa que esperaba no pareciera tan forzada como se sentía—. Me vendría bien un descanso.

El café resultó ser exactamente el tipo de establecimiento que habría disfrutado en cualquier otra circunstancia: pequeño, acogedor, con libros en estanterías de madera y el aroma a especias y café recién tostado. Laura ordenó para ambas mientras yo elegía una mesa en la esquina más alejada, donde podríamos hablar con cierta privacidad.

—Te he notado distante últimamente —comentó una vez que nos sirvieron—. ¿Todo bien?

—Sí, solo estoy... ocupada con la investigación —respondí, llevándome la taza a los labios para ganar tiempo—. El nuevo artículo sobre Bolaño está siendo más desafiante de lo que esperaba.

Laura asintió, aunque no parecía completamente convencida.

—Te vi, sabes —dijo casualmente, como quien comenta el clima—. En la lectura de poesía. Estabas con una joven.

Mi corazón se detuvo por un instante, pero me obligué a mantener la compostura. Laura había estado allí. ¿Cómo no la había visto?

—Ah, sí. Una estudiante del seminario. Está trabajando en su tesis sobre poesía contemporánea.

—Parecíais... cercanas —continuó, estudiando mi reacción—. Normalmente no te veo tan animada con los estudiantes.

El pánico amenazaba con apoderarse de mí. ¿Qué había visto exactamente? Lilith y yo habíamos sido cuidadosas esa noche, nos mantuvimos a una distancia apropiada en público. ¿O no? Quizás habíamos intercambiado alguna mirada demasiado prolongada, algún roce aparentemente casual que para un observador atento revelaba mucho más.

—Es una estudiante brillante —respondí, consciente de que cada palabra podría ser una trampa.

Laura me miró por lo que pareció una eternidad, y por un breve instante, casi pude sentir el impulso de confesarlo todo. De desahogarme con alguien sobre esta cosa hermosa y al mismo tiempo terrible que estaba viviendo. Sobre cómo Lilith me había devuelto a la vida de una manera que ni siquiera sabía que necesitaba. Pero entonces Laura sonrió, y el momento pasó.

—Es bueno recordar por qué elegimos esta profesión —dijo al fin—. A veces me preocupa que te aísles demasiado en tu trabajo. Me alegra verte conectar con los estudiantes.

El resto del almuerzo lo pasamos hablando de temas seguros: la última novela que habíamos leído, los recortes presupuestarios que amenazaban al departamento, el insoportable narcisismo del nuevo profesor visitante de Literatura Medieval. Pero durante toda la conversación, una parte de mí seguía en alerta, analizando cada palabra de Laura, buscando dobles sentidos o acusaciones veladas.

Para cuando llegué a mi clase esa tarde, estaba mentalmente agotada. El seminario de Literatura Hispanoamericana Contemporánea era normalmente mi momento favorito de la semana, pero hoy representaba un nuevo desafío. Mantener una distancia profesional con Lilith cuando cada célula de mi cuerpo buscaba su cercanía.

Entré al aula exactamente a la hora, evitando de ese modo cualquier posibilidad de

conversación previa a la clase. Mis ojos barrieron la sala hasta encontrarla, sentada en su lugar habitual. Nuestras miradas se cruzaron por un instante fugaz antes de que yo dirigiera mi atención deliberadamente hacia el otro extremo del aula.

—Hoy continuaremos con Bolaño y su relación con el realismo visceral —anuncié, mi voz adoptando ese tono académico que ahora me parecía extrañamente ajeno—. Pero antes, quisiera discutir brevemente sus avances en los trabajos finales.

Durante la siguiente hora y media, me convertí en la encarnación perfecta de la profesora distante y profesional. Llamé a todos los estudiantes con la misma frecuencia, manteniendo el mismo tono neutro, el mismo contacto visual medido. Cuando llegó el turno de Lilith, me aseguré de mantener una expresión estrictamente académica, como si no recordara la sensación de su lengua en mi clítoris.

—Interesante análisis —comenté cuando terminó.

Al final de la clase, recogí los materiales y salí sin mirar atrás, ignorando las preguntas que algunos estudiantes querían hacer. Era cruel, lo sabía, pero en ese momento me parecía la única forma de protegernos. A ambas.

Las horas siguientes las pasé en mi despacho, inmersa en un trabajo que no lograba captar mi atención. Afuera, el campus se fue quedando paulatinamente en silencio a medida que estudiantes y profesores se marchaban. Pronto, solo quedamos los habituales noctámbulos: investigadores obsesivos, estudiantes con plazos imposibles, y yo, ocultándome de mis propios pensamientos.

Sobre mi escritorio, la tesis doctoral que me había valido el reconocimiento académico parecía observarme con ojos acusadores. ¿Qué pensaría esa joven Carmen, apasionada e idealista, sobre la mujer en la que me había convertido? ¿La que arriesgaba su carrera por una relación que cualquier persona racional calificaría de inapropiada?

Un suave golpe en la puerta interrumpió mis reflexiones. Antes de que pudiera responder, Lilith entró en el despacho, cerrando tras ella.

—¿Qué haces aquí? —susurré, levantándome de golpe—. Alguien podría verte.

—El pasillo está desierto —respondió en el mismo tono bajo—. Y necesitaba hablar contigo. ¿Qué fue eso en clase hoy?

Me pasé una mano por el pelo, súbitamente consciente de lo desarreglada que debía verme después de horas encerrada en mi despacho.

—Estaba siendo profesional, Lilith. Como debería haber sido desde el principio.

—¿Profesional? —repitió incrédula—. Me trataste como si fuera una completa extraña. Peor, como si fuera una estudiante mediocre cuya opinión apenas merece consideración. Como si no conociese el sabor de tu sexo cuando te excitas —agregó con un suspiro.

—Quizás sea lo mejor. Quizás deberíamos... reconsiderar lo que está pasando entre nosotras.

Lilith dio un paso hacia mí, luego otro, hasta que quedamos separadas apenas por el escritorio.

—¿Es por lo de esa profesora que fue despedida? —preguntó en voz baja pero intensa—. ¿O alguien ha dicho algo? ¿Te han amenazado?

—No es eso —respondí, aunque la paranoia de la reunión de profesores aún pesaba en mi mente—. Es que... esto es una locura, Lilith. Estamos jugando con fuego. Tu futuro académico, mi carrera...

—¿Y qué hay de nosotras? ¿Lo que sentimos no cuenta? ¿Lo que vivimos cuando

estamos juntas no significa nada para ti?

—Significa todo —admití con un largo suspiro—. Y eso es lo que me aterra.

Lilith rodeó el escritorio y, antes de que pudiera reaccionar, tomó mi rostro entre sus manos. Sus ojos brillaban con una mezcla de desafío y vulnerabilidad que me dejó sin aliento.

—Entonces deja de alejarte, Carmen —susurró—. Seamos cuidadosas, sí. Discretas, por supuesto. Pero no me apartes de ti. No cuando por fin he encontrado algo real.

Y cuando sus labios rozaron los míos, toda resolución racional se evaporó como la niebla bajo los rayos de sol. Enredé las manos en su cabello, atrayéndola más cerca, permitiéndome por fin lo que había estado negándome todo el día: el sabor de su boca, la sensación de su cuerpo contra el mío.

Había algo especial en el peligro de estar en mi despacho, donde cualquier colega podría pasar y escucharnos. Esa conciencia del riesgo, lejos de frenarme, parecía amplificar cada sensación. Deslicé las manos bajo su blusa, tirando de ella hacia arriba y colándolas por debajo de su sujetador para endurecer sus pezones.

Lilith respondió con igual fervor, desabrochando los botones de mi camisa, levantando la copa de mi sujetador para lamer mis pechos. Al sentir su lengua, tuve que morderme el labio para no gemir. El sonido más leve podría delatarnos, y sin embargo, la necesidad de expresar lo que estaba sintiendo era casi dolorosa.

—Esto es una locura —murmuré contra su pelo mientras mis manos desabrochaban sus pantalones vaqueros.

—La mejor clase de locura —respondió, su aliento cálido contra mis pezones.

La guié hacia el escritorio. Los papeles y libros fueron apartados con un barrido apresurado de mi brazo. Algunos cayeron al suelo con un ruido sordo que nos congeló por un instante. Esperamos, conteniendo la respiración, pero el pasillo seguía en silencio.

La senté en el borde del escritorio, bajando pantalones y ropa interior, exponiendo su sexo para a continuación colocarme entre sus piernas.

Con deliberada lentitud, deslicé las manos por sus muslos, sintiendo el calor de su piel. Sus ojos no abandonaron los míos mientras mis dedos se deslizaban por la humedad entre sus pliegues consiguiendo que todo su cuerpo se tensara.

—Carmen... —susurró.

Besé su sexo, saboreando su excitación antes de lamerlo lentamente, desde abajo hasta llegar a su clítoris. Se le escapó un suave gemido al sentir mi lengua haciendo círculos sobre él, presionándolo, besándolo sin cesar hasta que sus piernas comenzaron a temblar y explotó en un intenso orgasmo contra mi boca.

Me dedicó una sonrisa preciosa antes de vestirnos con rapidez, recogiendo papeles, tratando de borrar las evidencias físicas de lo que acababa de ocurrir.

—Eso fue... —comenzó Lilith, pero se detuvo, aparentemente sin palabras para describir lo que acabábamos de compartir.

—Muy imprudente —completé, aunque no pude evitar que una sonrisa se dibujase en mis labios—. Completamente imprudente.

—¿Te arrepientes?

—No —me apresuré a responder—. No me arrepiento.

Lilith sonrió, esa sonrisa luminosa que siempre me recordaba por qué no podía alejarme de ella.

—Yo tampoco —susurró, besándome suavemente como si quisiera sentir su propia

excitación en mis labios—. Nunca.

Capítulo 11

Lilith

Mi apartamento nunca me había parecido tan pequeño como ahora. Quería que cada detalle estuviese perfecto para la noche. Cada objeto parecía ocupar demasiado espacio, o quizás era mi nerviosismo el que me hacía sentir claustrofobia. Observé la mesa ya puesta: el mantel blanco que había comprado especialmente para la ocasión, las dos velas rojas aún sin encender, la botella de Rioja que, según Carmen, complementaría perfectamente el plato que estaba preparando.

Revisé el estofado de pimientos que se cocinaba a fuego lento. Era su plato favorito, algo que había mencionado cuando le pregunté sobre los recuerdos de su infancia. “Mi abuela lo preparaba los domingos”, me había dicho, con esa sonrisa nostálgica que todavía no había aprendido a interpretar del todo. “El aroma llenaba toda la casa y anunciaba que la familia se reuniría”.

Parte de mí se preguntaba si estaba siendo demasiado obvia, demasiado intensa. Apenas llevábamos unas semanas viéndonos en secreto. Aun así, ya había memorizado sus gustos, sus gestos, la forma en que su voz cambiaba cuando hablaba de algo que le apasionaba. El modo en que la punta de sus dedos recorría mi cuerpo desnudo. ¿Sería esto lo que otros llamaban obsesión? ¿O simplemente era el efecto que Carmen tenía en mí, haciéndome notar cada detalle como si fuera vitalmente importante?

Miré el reloj: faltaban veinte minutos para que llegara. Laura, mi compañera de piso, se había ido a visitar a sus padres por el fin de semana, ofreciéndome una privacidad que normalmente no teníamos. “Disfruta de tu tiempo a solas”, me dijo con un guiño de ojo, sin saber lo mucho que sus palabras significaban para mí.

Mi teléfono vibró con un mensaje.

Carmen: Estoy saliendo ahora. ¿Necesitas que lleve algo?

La sola idea de que pronto estaría aquí, en mi espacio, hizo que mi estómago se contrajera con una mezcla de anticipación y nervios. Respondí rápidamente.

Yo: Todo listo. Te espero.

Revisé la selección de música en mi ordenador, decidiendo finalmente por una lista de jazz suave. No quería algo que pareciera excesivamente preparado para seducir, pero tampoco algo despreocupado.

Mientras acomodaba uno de los cojines del sofá por tercera vez, me detuve a mitad del gesto, sorprendida por mi propio comportamiento. Siempre había mantenido las relaciones en un nivel superficial, controlado Ahora estaba prácticamente redecorando mi apartamento para impresionar a una mujer. Y no cualquier mujer: mi profesora.

La misma mujer que, hace apenas un mes, me había parecido intimidante e inalcanzable. La misma cuyos ensayos había leído con admiración antes incluso de matricularme en su clase. La misma que ahora conocía el sabor de mi piel y cómo hacerme temblar con solo un susurro al oído.

El timbre interrumpió mis pensamientos, haciéndome saltar. Respiré hondo, intentando calmar mi corazón desbocado, y me dirigí a la puerta.

Y allí estaba Carmen, con un vestido negro sencillo pero que se ajustaba perfectamente a su figura. Su pelo caía libremente sobre sus hombros. Y en sus manos, un

paquete envuelto en papel marrón y atado con un cordel simple.

—Hola —saludó, con esa voz que seguía provocándome escalofríos—. Espero no llegar demasiado temprano.

—Justo a tiempo —respondí, haciéndome a un lado para dejarla entrar—. La cena está casi lista.

Carmen observó mi apartamento con curiosidad. Era la primera vez que venía, y de pronto fui consciente de todos los detalles que hablaban de mí: los estantes llenos de libros organizados por color y no por autor (una manía que siempre me había ganado miradas de desaprobación), las fotografías en blanco y negro que había tomado durante mis viajes, los pequeños objetos que había ido coleccionando en mercadillos.

—Es muy tú —comentó, dejando el bolso sobre una silla—. Desordenado pero con método.

—¿Eso es un cumplido o una crítica?

—Definitivamente un cumplido —sonrió, extendiéndome el paquete—. Te he traído algo.

Lo tomé con curiosidad. El papel crujió bajo mis dedos mientras lo desenvolvía con cuidado, revelando un libro de aspecto antiguo. Cuando leí el título, sentí que mi corazón se detenía un instante.

—Es... es la primera edición. He estado buscándolo durante meses. ¿Cómo lo has...?

—Conozco a alguien que tiene una librería de ejemplares raros —explicó, con un precioso brillo en sus ojos—. Cuando mencionaste que era tu poeta favorita y que nunca habías podido encontrar su primer poemario, pensé que...

No la dejé terminar. Acorté la distancia entre nosotras y la besé. Cuando nos separamos, tenía esa expresión ligeramente desorientada que aparecía cada vez que hacía algo impulsivo.

—¿Por eso querías conocer mis poetas favoritos? —pregunté, aún sosteniendo el libro contra mi pecho.

—Tal vez.

Su sonrisa, esa que reservaba solo para nuestros momentos a solas, hizo que algo dentro de mí se derritiera.

—Huele delicioso —comentó, dirigiéndose hacia la cocina—. ¿Qué estás preparando?

—Es una sorpresa —respondí, siguiéndola—. Pero espero que sea justo como lo recuerdas.

Sus ojos se posaron en la olla donde se cocinaba el estofado, y durante un segundo vi algo parecido a la emoción en ellos.

—¿Es estofado de pimientos?

—Tu favorito —confirmé—. Al menos eso me dijiste la semana pasada.

Carmen se volvió hacia mí con una expresión que no pude descifrar del todo. Parecía conmovida, pero también ligeramente confundida, como si no estuviera acostumbrada a que alguien prestara atención a detalles así.

—Nadie había cocinado esto para mí desde que mi abuela falleció —dijo al fin—. Gracias.

La forma en que pronunció mi nombre, como si fuera algo precioso, envió una corriente cálida por todo mi cuerpo.

Cenamos con las velas encendidas y el jazz flotando en el aire. Carmen me contó

sobre su infancia y más tarde sobre su matrimonio fallido.

—Pero no lo amabas —completé cuando su voz se apagó.

—Pensé que el amor era un concepto sobrevalorado —confesó—. Que una conexión intelectual, respeto mutuo y objetivos comunes eran bases más sólidas. Funcionó durante un tiempo, hasta que ambos nos dimos cuenta de que vivíamos como compañeros de piso que ocasionalmente hacían el amor de modo casi mecánico.

Había algo en su tono, una vulnerabilidad que no le había escuchado antes, que me hizo desear protegerla de alguna manera.

—¿Y ahora? —me atreví a preguntar—. ¿Sigues pensando que el amor es un concepto sobrevalorado?

Sus ojos buscaron los míos, tan intensos que casi tuve que apartar la mirada.

—Ya no estoy segura de nada —respondió con un suspiro—. ¿Y tú? Nunca me has hablado de tus relaciones anteriores.

Sentí un nudo en la garganta. No era un tema que discutiera con frecuencia.

—No hay mucho que contar. Algunas relaciones pasajeras, nada serio. Creo que siempre he tenido miedo de perderme a mí misma en otra persona —confesé—. Hasta que llegaste tú.

Extendió su mano sobre la mesa, entrelazando sus dedos con los míos en un gesto tan íntimo que casi dolía.

Tras la cena, insistió en ayudarme con los platos. Yo lavaba mientras ella secaba, era algo que resultaba sorprendentemente natural. En un momento, mientras pasaba un plato bajo el agua, sentí sus brazos rodeándome por detrás, su cuerpo presionado contra el mío.

—Gracias por la cena —susurró contra mi oído antes de morder cariñosamente mi cuello—. Fue perfecto.

Luego besó el punto sensible detrás de mi oreja, y mis manos se detuvieron bajo el agua. Cerré los ojos, dejándome llevar por la sensación de su boca explorando mi cuello, descendiendo hacia mi hombro mientras apartaba suavemente la tela de mi blusa.

—Los platos pueden esperar —murmuró contra mi piel.

Me giré lentamente entre sus brazos, enfrentando su mirada que ahora brillaba con un deseo apenas contenido.

—¿Estás segura? —pregunté, aunque mi cuerpo ya había decidido por mí.

Como respuesta, tomó mi rostro entre sus manos y me besó con una intensidad que me dejó sin aliento.

—Tu habitación —logró decir entre besos—. Llévame a tu habitación.

El corto trayecto hasta mi dormitorio fue una danza interrumpida de besos y caricias, con nuestras ropas dejando un reguero en el suelo.

—Eres preciosa —susurré al ver su cuerpo desnudo.

Un rubor sutil coloreó sus mejillas, y por un instante pareció casi tímida, como si no estuviera acostumbrada a ser admirada de ese modo.

Sus dedos trazaron un camino de fuego sobre mi piel cuando nos tumbamos sobre el colchón.

Pero esta vez quería ser yo quien tomara el control, quien descubriera cada secreto guardado en su cuerpo. Me incliné sobre ella, deslizando la punta de la lengua por su cuello, descendiendo hacia su clavícula mientras mis manos acariciaban sus senos, endureciendo sus pezones entre mis dedos.

—Me vuelve loca cómo me tocas —susurró, tomando mi mano y guiándola sobre

sus pechos—. Quiero sentirte.

Sus palabras encendieron algo dentro de mí. Dejé que mis manos exploraran su cuerpo con reverencia: la suavidad de sus pechos, la curva de su cintura, la firmeza de sus muslos. Cada caricia era una declaración, cada beso era una promesa. Cuando finalmente me deslicé entre sus piernas y sintió mis labios en su sexo, la mirada que me dedicó estuvo tan cargada de deseo que me estremecí.

—Eres perfecta —murmuré contra sus pliegues.

El gemido que escapó de sus labios fue como una melodía preciosa. Enredó las manos en mi pelo, guiándome suavemente mientras yo aprendía el ritmo exacto que la hacía arquear la espalda. El sabor de su excitación, la forma en que respondía a cada movimiento de mi lengua, la vulnerabilidad absoluta de ese momento... todo se combinaba en una experiencia casi espiritual.

—Lilith... —jadeó, su voz transformada por el placer—. Por favor... no te detengas.

—Mírame —pedí, necesitando conectar con ella en este momento íntimo—. Quiero que me mires mientras alcanzas el orgasmo.

Abrió los ojos, y ese contacto visual fue una conexión absoluta, lo que la llevó al límite. Su cuerpo se tensó por completo, un grito ahogado escapó de sus labios mientras se aferraba a mí como si temiera desvanecerse.

Cuando finalmente su cuerpo se relajó, me acosté a su lado, observando cómo su pecho subía y bajaba con respiración aún agitada. Había algo increíblemente poderoso en saber que yo podía provocarle esos orgasmos, que podía desarmar a la implacable Doctora Vega.

—Eso fue... —comenzó, su voz todavía ronca.

—¿Mejor que un sobresaliente en tu clase? —bromeé, trazando círculos perezosos alrededor de uno de sus pezones.

Carmen río, un sonido libre y genuino que rara vez le escuchaba.

—Definitivamente en el top 3 de experiencias de mi vida —respondió, girándose para quiñarme un ojo—. Pero creo que es mi turno de demostrarte lo que puedo hacer por ti.

Me hizo girar para colocarme boca arriba sobre la cama y el modo en que observaba mis pechos, como si fuesen una obra de arte, me hizo temblar.

—Eres absolutamente perfecta, Lilith —susurró, antes de inclinarse para tomar uno de mis pezones entre sus labios.

La sensación de su boca cálida sobre mi piel envió ondas de placer por todo mi cuerpo. Sus manos no permanecían ociosas: una se ocupaba de mi otro pecho, mientras la otra descendía lentamente por mi vientre, jugando con mi pubis.

Cuando finalmente deslizó los dedos dentro de mí estaba completamente lista para ella y el gemido que escapó de mi garganta la hizo sonreír. Carmen exploraba mi cuerpo con la misma meticulosidad con la que analizaba un texto literario, descubriendo exactamente dónde tocar, cómo presionar, cuándo acelerar el ritmo.

—Por favor... —supliqué, sin saber exactamente qué estaba pidiendo.

Ella pareció entender, porque sus movimientos se volvieron más decididos, más rápidos. Su boca regresó a la mía, bebiendo mis gemidos mientras sus dedos en mi interior me llevaban cada vez más cerca del orgasmo.

Cuando finalmente llegué al clímax, fue como una onda expansiva que comenzó donde sus dedos me tocaban y se extendió hasta la punta de mis pies. Su nombre escapó de mis labios como una plegaria, mi cuerpo estremeciéndose bajo el suyo.

Más tarde, nos quedamos entrelazadas en un silencio cómodo, nuestros cuerpos sudorosos y satisfechos. Carmen trazaba patrones invisibles sobre mi piel, mientras yo jugaba con mechones de su cabello, enredándolos entre mis dedos.

—¿En qué piensas? —preguntó con un susurro.

—En lo perfecto que es esto —respondí—. Hace dos meses estaba sentada en tu clase, convencida de que me odiabas.

Ella río suavemente contra mi pecho.

—Nunca te odié. Me intimidabas.

—¿Yo? ¿A ti? —me incorporé ligeramente para mirarla—. ¿La brillante Doctora Vega intimidada por una estudiante?

—Por una estudiante que desafiaba cada uno de mis argumentos con inteligencia y pasión —corrigió, rozando mi pezón endurecido con el reverso de su mano—. Que me miraba como si pudiera ver a través de todas mis defensas. Que escribía de una manera que me hacía sentir cosas que había olvidado que podía sentir.

Sus palabras encendieron un calor diferente dentro de mí, uno que tenía poco que ver con el deseo físico y mucho con algo más profundo y aterrador.

—¿Y ahora? —pregunté, mi voz casi un susurro—. ¿Qué sientes ahora?

Carmen me miró por un largo instante, como si estuviera considerando cuidadosamente su respuesta.

—Miedo —admitió finalmente—. Miedo porque esto —hizo un gesto abarcándonos a ambas— podría costarme mi carrera. Pero más que eso, miedo porque por primera vez en mi vida, no tengo ningún control sobre lo que siento.

Se inclinó para besarme suavemente, un beso tan tierno que casi dolía.

—Y al mismo tiempo —continuó cuando nos separamos— nunca me había sentido más viva.

Capítulo 12

Carmen

Los pasillos de la facultad nunca me habían parecido tan largos. Cada paso resonaba sobre el suelo de mármol como un martillo asegurando un nuevo clavo en mi propio ataúd académico. La citación a la oficina del decano Smith había llegado esa mañana por correo electrónico, un mensaje breve y aparentemente inocuo: "Estimada doctora Vega, le agradecería que pasara por mi despacho hoy a las 16:00 para tratar algunos asuntos del departamento. Saludos cordiales".

Pero conocía demasiado bien a Fernando Smith. Sus "asuntos del departamento" rara vez eran banales, y menos aún cuando se programaban para el final de la jornada, cuando el edificio empezaba a vaciarse y las conversaciones podían mantenerse con mayor privacidad.

Revisé mentalmente las posibilidades. Quizás solo se trataba de las modificaciones presupuestarias para el próximo semestre. O tal vez quería consultarme sobre la propuesta de cambios en el programa de doctorado que había presentado el mes pasado.

Pero una voz insistente dentro de mí sabía que era algo más.

Me detuve frente a la puerta de madera oscura, tomé aire y ajusté el cuello de mi blusa. Mi reflejo en el cristal de un cuadro cercano me devolvió la imagen de una mujer aparentemente en control. Profesional y respetada. Años de carrera académica habían perfeccionado mi máscara de compostura. Nadie podría adivinar el torbellino que se desataba bajo esa fachada.

Llamé a la puerta con determinación.

—Adelante —la voz grave del decano resonó desde el interior.

Su despacho era exactamente lo que cabría esperar: sobrio, elegante, con estanterías repletas de tomos encuadernados en piel y vistas a la parte histórica del campus. Se levantó para saludarme, con esa cortesía fría que siempre había caracterizado nuestras interacciones profesionales.

—Carmen, gracias por venir. Siéntate, por favor.

Me acomodé en uno de los sillones frente a su escritorio mientras él regresaba a su lugar. Un silencio cargado de tensión flotó entre nosotros mientras organizaba algunos papeles.

—¿Café? ¿Té? —ofreció con una sonrisa que no llegaba a sus ojos.

—No, gracias. Estoy bien.

Asintió y juntó las manos sobre la mesa. Tenía ese aire patriarcal que tanto irritaba a muchas de mis colegas, pero que yo había aprendido a manejar con diplomacia a lo largo de los años.

—Tu curso sobre literatura hispanoamericana contemporánea está teniendo mucho éxito este semestre, ¿verdad? —comenzó, en un tono casual que inmediatamente me puso en alerta.

—Así es. Los estudiantes están muy implicados y el nivel de los trabajos es excepcionalmente bueno.

—Me han comentado que has introducido algunas metodologías innovadoras.

—Intento adaptarme a las nuevas generaciones —respondí, manteniendo una sonrisa

profesional—. Los seminarios participativos están dando buenos resultados.

Smith asintió lentamente.

—Siempre te has distinguido por tu cercanía con los alumnos, Carmen. Es uno de tus puntos fuertes como docente.

Algo en su tono hizo que un escalofrío recorriera mi espalda. De repente, el aire acondicionado de la oficina parecía demasiado frío.

—Me gusta pensar que establezco una buena relación académica con ellos —respondí con cautela.

—Sin duda —hizo una pausa que pareció extenderse una eternidad—. Aunque he de decirte que recientemente... algunos colegas han observado que esa cercanía podría estar siendo... especialmente marcada con cierta alumna.

El mundo pareció detenerse por un instante. Mi corazón dio un vuelco. Aun así, ni un músculo de mi rostro traicionó la oleada de pánico que inundaba mi cuerpo.

—No estoy segura de entender a qué te refieres, Fernando.

Smith se reclinó en su asiento, clavándome una mirada acusadora.

—Carmen, llevamos años trabajando juntos. Te tengo en alta estima, profesional y personalmente. Por eso prefiero tener esta conversación de manera informal.

—Te lo agradezco, pero sinceramente no comprendo...

—Lilith Montero —me interrumpió, pronunciando su nombre como si fuera la evidencia de un caso judicial—. Una estudiante brillante, sin duda. Sus ensayos sobre Bolaño son notables, según me han dicho.

El aire abandonó mis pulmones. Mantuve mi expresión impasible mientras mi mente procesaba a toda velocidad las implicaciones de sus palabras. ¿Qué sabía exactamente? ¿Quién había hablado? ¿Qué habían visto?

—Es una alumna excepcional —confirmé, midiendo cada palabra—. Como lo son varios estudiantes de ese grupo.

—Por supuesto —concedió—. Pero no todos los estudiantes excepcionales son vistos con su profesora en las cafeterías o en una lectura de poesía en el centro cultural, o... —hizo una pausa deliberada, casi dramática— saliendo del edificio de apartamentos donde vives.

El pánico me invadió como un jarro de agua helada. Mantuve la respiración controlada, mi expresión neutra, pero podía sentir cómo mi carrera, todo por lo que había luchado, comenzaba a desmoronarse frente a mis ojos.

—Fernando, creo que ha habido un malentendido. La señorita Montero y otros estudiantes participaron en un grupo de estudio adicional que organicé para preparar sus trabajos finales.

Smith levantó una mano, como restándole importancia a mis palabras.

—No estoy haciendo ninguna acusación formal, Carmen. Solo te estoy transmitiendo que hay... ciertos comentarios. Y sabes tan bien como yo lo rápido que se propagan los rumores en el ambiente académico.

—Los rumores suelen ser solo eso: rumores.

—Cierto —concedió, con una sonrisa triste—. Pero también sabes que el reglamento de la universidad es muy claro respecto a las relaciones entre profesores y alumnos. Especialmente cuando existe una relación jerárquica directa.

Se inclinó hacia adelante, su voz adoptando un tono más bajo, casi paternal.

—Carmen, he visto carreras brillantes destruidas por este tipo de situaciones. No

quisiera que fuera tu caso. Sería una pena perderte como profesora.

Me obligué a mantener la calma mientras recogía mi bolso, alisaba mi falda y me ponía de pie con toda la dignidad que pude reunir.

—Agradezco tu preocupación, Fernando. Pero puedo asegurarte que mantengo la más estricta ética profesional con todos mis alumnos. Si no hay nada más que tratar...

—Solo una cosa más —añadió, levantándose también—. El comité de ética académica se reunirá la próxima semana. Es una reunión rutinaria, pero... sería prudente que revisaras tu posición.

Asentí brevemente y salí de la oficina con paso firme, aunque por dentro sentía que me derrumbaba.

El campus estaba tranquilo a esa hora. Grupos de estudiantes charlaban en los bancos, algunos profesores atravesaban los jardines rumbo a la biblioteca o a sus coches. Una escena cotidiana que ahora veía a través de un cristal distorsionado. ¿Cuántos de ellos habrían escuchado los rumores? ¿Quién había visto algo y hablado?

Me senté en un banco alejado, necesitaba un momento para recuperar el control. Frente a mí se extendía el edificio principal de la facultad, donde había pasado los últimos doce años de mi vida. Recordé mi primer día como profesora titular, el orgullo que sentí al ver mi nombre en la puerta del despacho.

Por un cruel juego de asociación, mi mente evocó las innumerables barreras que había tenido que superar para llegar allí. Las miradas condescendientes durante el doctorado, los comentarios sobre mi acento cuando daba clases en inglés, las preguntas sutilmente invasivas durante las entrevistas de trabajo sobre “planes familiares” que nunca le hacían a mis colegas masculinos. Había navegado ese mundo de hombres con una determinación feroz, negándome cada capricho, cada distracción, concentrándome únicamente en construir una carrera intachable.

Y ahora todo estaba en peligro por... ¿qué? ¿Un momento de debilidad? ¿Una conexión que no debí permitirme?

No. Era mucho más que eso. Lo que sentía por Lilith trascendía cualquier relación que hubiera tenido antes. Era profundo, inesperado, transformador. Y absolutamente prohibido por las mismas normas que había jurado respetar.

El camino a mi apartamento fue un tormento de recuerdos y autocrítica. Cada esquina de la ciudad parecía contener un momento compartido con ella: la librería donde nuestras manos se rozaron por primera vez, el café donde discutimos por horas sobre García Márquez. El parque donde me atreví a besarla bajo un cielo estrellado.

Cuando finalmente cerré la puerta tras de mí, el silencio cayó sobre mis pecho como una losa. Me quité los tacones y me derrumbé en el sofá, permitiendo por fin que las lágrimas fluyeran libremente. Lloré de rabia, de miedo, de impotencia. Lloré por todo lo que podía perder, pero mucho más por aquello a lo que debía renunciar.

El teléfono sonó, sobresaltándome. El nombre de Lilith iluminó la pantalla, y por un instante contemplé no responder. Pero sabía que aplazar lo inevitable solo lo haría más doloroso.

—Hola —contesté, esforzándome por mantener un tono neutro.

—¡Carmen! —su voz sonaba animada, ajena a la tormenta que se cernía sobre nosotras—. Acabo de terminar el borrador de mi ensayo final. Creo que es lo mejor que he escrito nunca. ¿Podría pasarme por tu apartamento para mostrártelo? Tengo una botella de ese vino chileno que tanto te gusta.

Cerré los ojos, imaginando cómo su sonrisa se desvanecería con mis siguientes palabras.

—Lilith, creo que... creo que deberíamos tomarnos un tiempo.

Un silencio horriblemente denso se instaló al otro lado de la línea.

—¿Qué quieres decir con "tomarnos un tiempo"? —su voz había perdido toda su alegría.

—Necesito espacio para pensar. Todo está sucediendo demasiado rápido y... —busqué palabras que no revelaran demasiado— no es el momento adecuado. Deberíamos mantener distancia hasta que termine el semestre.

—Carmen, ¿qué está pasando? ¿He hecho algo mal?

La vulnerabilidad en su voz era un puñal directo a mi corazón.

—No, no has hecho nada mal. Es... complicado.

—¿Complicado? —el tono de su voz reflejaba ahora incredulidad—. Hace dos días me dijiste que estabas enamorándote de mí. Y ahora de repente es complicado. ¿Qué ha cambiado?

—Lilith, por favor. No puedo explicártelo por teléfono.

—Entonces dímelo en persona. Voy para allá ahora mismo.

—¡No! —mi respuesta fue demasiado brusca, y me odié por ello—. No puedes venir aquí. Ese es... ese es precisamente el problema.

—¿Qué alguien nos vea? —su voz bajó a un susurro dolido—. Pensé que habíamos hablado de esto. Que habíamos acordado ser discretas pero no negarnos lo que sentimos.

—Las cosas han cambiado. No puedo... no puedo arriesgar...

—¿Tu carrera? —completó, con una amargura que nunca le había escuchado—. ¿Es eso? ¿Al final soy solo una complicación para tu vida perfectamente ordenada?

—No es justo que digas eso —protesté, sintiendo cómo mis propias lágrimas volvían a brotar—. No entiendes lo que está en juego.

—Entonces explícamelo. Merezco saber por qué de repente estás terminando con lo nuestro.

—No estoy terminando nada —mentí, sabiendo que era exactamente lo que estaba haciendo—. Solo necesito tiempo para... organizar mis pensamientos.

Otro silencio, este aún más pesado que el anterior.

—Al menos ten la honestidad de no tratarme como a una niña, Carmen. Si vas a romperme el corazón, hazlo en persona. Sé valiente.

—Lilith...

—No, está bien —me interrumpió, su voz ahora controlada pero fría—. Mensaje recibido, profesora Vega. Mantendré mi distancia. Buenas noches.

La llamada terminó abruptamente, dejándome en un silencio ensordecedor.

Las horas siguientes fueron un infierno de indecisión. Pasé de la desesperación a la determinación, de las lágrimas a la fría resolución. Me senté frente a mi ordenador y busqué frenéticamente el reglamento universitario, leí obsesivamente cada artículo relacionado con las relaciones profesor-alumno.

El texto era inequívoco: "las relaciones románticas o sexuales entre un miembro del profesorado y un estudiante sobre quien ejerce supervisión académica directa están estrictamente prohibidas y constituyen una falta ética muy grave."

Las consecuencias eran igualmente claras: desde la amonestación formal hasta la terminación del contrato, dependiendo de la "gravedad de la situación y el juicio del comité

de ética”.

Pasé la noche entera repasando mis opciones, cada una más insoportable que la anterior. Podía esperar a que terminara el semestre, cuando ya no sería su profesora directa. Pero si los rumores ya habían comenzado, esperar solo añadiría combustible al fuego. Podía confesar voluntariamente ante el comité de ética, esperando clemencia. Pero eso significaría reconocer que había violado el código que había jurado respetar.

O podía hacer lo que mi instinto de supervivencia me gritaba que hiciese: cortar toda conexión personal con Lilith, mantener una relación estrictamente profesional hasta final de curso, y rezar para que los rumores se desvanecieran.

La tercera opción era la única sensata desde un punto de vista racional. Era también la que me destrozaba por dentro.

A las seis de la madrugada, con los primeros rayos de sol filtrándose por las cortinas, abrí mi correo electrónico y comencé a redactar un mensaje que sabía que cambiaría todo:

Estimada señorita Montero:

Tras reflexionar detenidamente sobre nuestra relación académica, considero necesario establecer límites más claros y profesionales. Como su profesora, mi deber es guiar su desarrollo académico con objetividad e imparcialidad.

A partir de ahora, le solicito que nuestras interacciones se limiten estrictamente al ámbito académico. Mis horas de tutoría están disponibles para consultas relacionadas con el curso, siguiendo los canales oficiales de la universidad.

Confío en su comprensión y madurez para adaptarse a esta decisión tomada en beneficio de su formación académica.

Atentamente,

Dra. Carmen Vega

Departamento de Literatura Hispanoamericana.

Mi dedo se cernió sobre el botón de enviar mientras las lágrimas caían sobre el teclado. Era un mensaje frío, distante, casi cruel en su formalidad. Nada más alejado de lo que realmente quería decirle: que la amaba, que me aterraba perderla, que nunca había sentido por nadie lo que sentía por ella.

Pero el amor no siempre es suficiente. No cuando todo aquello por lo que habías luchado estaba en juego.

Con un último sollozo ahogado, pulsé enviar.

El correo desapareció de mi pantalla, llevándose consigo la única relación que había significado algo real en años. Me quedé mirando fijamente la pantalla vacía, sintiéndome más sola que nunca en mi vida, mientras el amanecer iluminaba implacablemente una habitación que ya nunca volvería a ser la misma sin ella.

Capítulo 13

Lilith

Los días se convirtieron en una niebla gris, indistinguible y opresiva. Una semana. Siete días exactos desde aquel mensaje que había destrozado todo lo que creía estar construyendo. Siete días de mirar constantemente el teléfono, esperando una explicación que nunca llegaba. Siete noches de insomnio donde las palabras "relación estrictamente académica" me perseguían hasta el amanecer.

Me moví como un fantasma por los pasillos de la facultad, apenas consciente de las caras que me rodeaban. Asistía a mis clases por inercia, tomando apuntes que después no podía recordar haber escrito. Comía tan solo cuando Valeria colocaba comida frente a mí, pero no podía decir qué sabor tenía. El mundo entero parecía una neblina, como si alguien hubiera bajado el brillo y el contraste de mi realidad.

—Vale, se acabó —la voz de Valeria rompió mi trance mientras nos sentábamos en la cafetería—. Llevas una semana siendo la versión zombie de ti misma. Vas a decirme qué demonios te pasa o voy a tener que sacártelo a la fuerza.

Levanté los ojos de mi café intacto, ya frío. En mi estado, ni siquiera mi bebida favorita lograba tentarme.

—Estoy bien —murmuré, una respuesta automática que había estado repitiendo durante días.

Valeria resopló, inclinándose sobre la mesa para mirarme directamente a los ojos.

—¿Sabes que tienes un ensayo sin entregar para Morales? ¿Tú, la que tiene ataques de pánico si no tiene algo terminado diez días antes? ¿La que ha mantenido un promedio perfecto desde primer semestre? No me jodas con que estás bien.

Un suspiro pesado se escapó de mis labios. Ya no tenía la energía para mantener la fachada, no con Valeria. Pero tampoco podía contarle toda la verdad.

—Es... es por alguien —admití finalmente—. Alguien con quien estaba... conectando. Y de repente, sin explicación, decidió que era mejor mantener las distancias.

—¿Un ghosting? ¿En serio? —Valeria frunció el ceño—. Pensé que tenías mejor gusto.

—No fue exactamente un ghosting —defendí, sintiendo una lealtad absurda hacia Carmen incluso ahora—. Hubo un mensaje. Muy formal, muy... definitivo.

—¿Y no te dio ninguna razón?

Negué con la cabeza, sintiendo que las lágrimas amenazaban con desbordarse otra vez. Había llorado tanto estos días que me sorprendía tener lágrimas aún.

—Lo más frustrante es que sé que hay algo que no me está diciendo —continué, las palabras saliendo como un torrente ahora que había abierto la compuerta—. Todo estaba bien, mejor que bien. Y luego, de la nada... Es como si alguien hubiera accionado un interruptor.

Valeria me observó con una mezcla de preocupación y confusión.

—¿Es aquella persona que me dijiste que era complicado pero que no me diste explicaciones? ¿Has intentado hablar directamente con esta persona?

—No responde mis mensajes. Y cuando nos vemos... —me detuve, consciente de que estaba revelando demasiado.

—¿Cuando os veis?

—No importa —corté, levantándome abruptamente—. Tengo clase.

—Lilith, espera —Valeria me tomó del brazo—. Sea quien sea, si te ha dejado así, quizá no merezca tanto sufrimiento.

Sus palabras, aunque bien intencionadas, solo consiguieron aumentar el dolor. Porque ese era el problema: Carmen sí lo merecía. Merecía eso y mucho más.

—Tengo que irme —murmuré, recogiendo mis cosas—. Gracias por preocuparte.

Caminar hacia la clase de Literatura Hispanoamericana era como dirigirme voluntariamente a una sesión de tortura. Sabía que tendría que verla, sentarme durante dos horas fingiendo que solo era mi profesora, que no conocía el sabor de sus labios o el sonido de su risa en la intimidad. Que no sabía cómo se veía al despertar, con el pelo revuelto y los ojos soñolientos.

Al entrar al aula, mi mirada inmediatamente la buscó. Carmen ya estaba allí, organizando sus notas con esa precisión meticulosa que había llegado a adorar. Para cualquier otro estudiante, hubiera parecido la misma de siempre.

Pero yo podía ver lo que los demás no veían. Las sutiles ojeras bajo el maquillaje. La palidez que ni siquiera el rubor podía disimular. La ligera tensión en la comisura de sus labios. Carmen Vega, la brillante doctora, la académica implacable, también estaba sufriendo.

De alguna manera, ese conocimiento solo hacía todo incluso más doloroso.

—Buenos días —saludó a la clase con esa voz profesional que ahora sonaba como una parodia de sí misma.

Sus ojos recorrieron el aula, pasando deliberadamente sobre mí como si fuera invisible. Ni siquiera cuando levanté la mano para responder una pregunta me miró directamente. Simplemente asintió en mi dirección general, confirmando mi respuesta con un “correcto” que sonaba hueco.

Dos horas. Ciento veinte minutos de observarla moverse por el aula como un autómata elegante, hablando de literatura con la pasión de siempre en sus palabras pero con los ojos vacíos de una emoción real. Ciento veinte minutos de sentir que me asfixiaba.

Cuando la clase terminó, fui la primera en salir, sin detenerme ni siquiera cuando escuché a Valeria llamándome desde atrás. No podía soportarlo más. No podía seguir pretendiendo que esto era aceptable, que podía conformarme con este nuevo status quo donde éramos dos extrañas que una vez conocieron cada secreto de sus cuerpos.

No podía obligar a Carmen a quererme, pero al menos merecía saber la verdad. Merecía saber qué había sucedido realmente.

Y si ella no estaba dispuesta a dármela, entonces yo tomaría mis propias decisiones.

El edificio administrativo estaba relativamente vacío a esa hora de la tarde. Subí las escaleras con paso decidido, el corazón martilleando en mi pecho pero mi resolución intacta. Una secretaria de mediana edad me recibió con una sonrisa profesional.

—Buenas tardes, ¿en qué puedo ayudarte?

—Necesito información sobre el procedimiento para cambiar de tutor académico —respondí, mi voz sorprendentemente firme a pesar del nudo en mi garganta—. Y también quiero saber qué se necesita para transferirme a otro departamento.

La mujer me miró con sorpresa.

—¿Estamos a mitad de semestre, estás segura? Las transferencias son complicadas en este punto y podrían retrasar tu graduación.

—Estoy segura —insistí—. ¿Podría darme los formularios necesarios?

Mientras la secretaria buscaba los formularios, mi mente repasaba lo que estaba haciendo. Cambiar de tutora significaba renunciar al proyecto en el que había estado trabajando durante meses, uno que Carmen había ayudado a moldear. Significaba posiblemente bajar mi promedio, quizás incluso retrasar mi graduación. Era un precio muy alto.

Pero quedarse, verla tres veces por semana fingiendo que era solo mi profesora, era peor aún. Algo que no estaba segura de poder soportar sin romperme por completo.

—Aquí tienes —la secretaria me entregó varios formularios—. Necesitarás la firma de tu actual tutora y del jefe de departamento. También una justificación detallada del cambio. No es un proceso sencillo.

Asentí, tomando los papeles. La firma de Carmen. Por supuesto que necesitaría enfrentarme a ella para esto.

Quizás era exactamente lo que necesitaba.

—Gracias —murmuré, guardando los documentos en mi mochila.

Al salir del edificio administrativo, revisé mi teléfono. Eran las 4:30. Las horas de oficina de Carmen terminaban a las 5:00. Si me apresuraba, la encontraría todavía en su despacho.

El Departamento de Literatura estaba en el otro extremo del campus. Caminé rápidamente, casi corriendo por momentos. Con cada paso, ensayaba mentalmente lo que diría, cómo mantendría la compostura a pesar del torbellino emocional que sentía en mi interior.

Al llegar al edificio, subí las escaleras hasta el tercer piso. El pasillo estaba vacío, la mayoría de los profesores ya habían terminado sus consultas del día. La puerta de su despacho estaba entreabierta, y a través de la rendija podía ver a Carmen inclinada sobre su escritorio, trabajando en algún documento, con esos pequeños lentes de lectura que solo usaba cuando estaba sola.

No llamé. Simplemente empujé la puerta y entré.

Carmen levantó la mirada sobresaltada, sus ojos se abrieron con sorpresa y algo más al verme allí.

—Señorita Montero —dijo con esa voz formal que había llegado a odiar—. No tenía una cita programada.

—No, no la tenía —respondí con frialdad, cerrando la puerta detrás de mí—. Pero estamos dentro de tus horas de oficina, ¿no es así, Carmen?

El uso deliberado de su nombre de pila pareció sacudirla. Se quitó los lentes, irguiéndose en la silla como si necesitara toda su altura para mantener la distancia profesional.

—Profesora Vega, dentro del ámbito académico —corrigió, aunque su voz tembló ligeramente—. ¿En qué puedo ayudarte?

En lugar de responder, saqué los formularios de mi mochila y los coloqué sobre su escritorio, asegurándome de pegar un ligero manotazo al hacerlo. Ella los miró con confusión inicial, hasta que sus ojos captaron el encabezado: “Solicitud de Cambio de Tutor Académico”.

—¿Qué es esto?

—Creo que es bastante evidente —respondí, cruzándome de brazos—. Estoy solicitando un cambio de tutora. Y también voy a transferirme a otro departamento.

Su rostro palideció y por un momento pareció quedarse sin palabras. Cuando finalmente habló, su voz era apenas audible.

—¿Por qué harías algo así? Tu proyecto es brillante, estás a meses de graduarte con honores...

—¿Por qué? —repetí, sintiendo cómo la rabia contenida durante días finalmente encontraba salida—. ¿De verdad me estás preguntando eso? Después de una semana ignorándome, después de ese email ridículamente formal, ¿después de tratarme como si fuera invisible en tu clase?

—Lilith, baja la voz, por favor —advirtió, lanzando una mirada nerviosa hacia la puerta.

—Eso es lo único que te preocupa, ¿verdad? Que alguien nos escuche —di un paso hacia su escritorio—. Bien, hablemos en voz baja entonces. Dime la verdad, Carmen. Me merezco al menos eso. ¿Qué pasó? ¿Por qué de repente decidiste que lo nuestro era un error?

Carmen se levantó, rodeando el escritorio para asegurarse de que la puerta estaba completamente cerrada. Cuando se volvió hacia mí, la máscara profesional finalmente se había agrietado, revelando a la mujer vulnerable que había llegado a conocer.

—No fue una decisión mía —dijo al fin, su voz nada más que un susurro tenso—. El decano Smith me llamó a su despacho. Alguien nos vio, Lilith.

Un escalofrío recorrió mi espalda. Así que era eso. El mundo exterior había encontrado la manera de infiltrarse en nuestra burbuja.

—¿Te amenazó? —pregunté, mi rabia inicial transformándose en preocupación.

—No directamente —Carmen pasó una mano temblorosa por su rostro—. Fue todo muy... sutil. Pero el mensaje era claro: hay ojos vigilando, y mi carrera está en juego.

—Así que decidiste terminar con todo. Sin consultarme, sin darme una explicación.

—¿Qué querías que te dijera? —su voz se elevó ligeramente antes de que volviera a controlarse—. ¿Que podría perder todo por lo que he trabajado durante años? ¿Que si esto se descubre oficialmente, mi reputación quedaría destrozada?

—Podríamos haber hablado de ello juntas —insistí mientras el dolor en mi pecho se agudizaba—. Podríamos haber buscado soluciones. En lugar de eso, me enviaste un email tan frío como el hielo y fingiste que no existía.

Carmen cerró los ojos por un instante y cuando los abrió, se llenaron de lágrimas.

—Pensé que sería más fácil así. Un corte limpio. Para ambas.

—¿Más fácil? —repetí incrédula—. ¿Has dormido algo esta semana, Carmen? Porque yo no. Estoy a punto de tirar por la borda meses de trabajo, posiblemente retrasar mi graduación, solo porque no puedo soportar verte tres veces por semana fingiendo que no me conoces.

Su rostro se transformó con una mezcla entre sorpresa y horror.

—No puedes hacer eso. Tu carrera, tu futuro...

—¿Y qué hay del tuyo? ¿Cuánto tiempo crees que podrás seguir así? ¿Pretendiendo que nada pasó, que no significó nada? ¿Qué nunca he tenido mi boca entre tus piernas?

—¡Claro que significó algo! —exclamó, antes de bajar nuevamente la voz—. Significó todo, Lilith. Por eso mismo tenía que protegerte.

—No necesito que me protejas —di otro paso hacia ella, eliminando casi por completo la distancia entre nosotras—. Necesito que confíes en mí lo suficiente como para dejarme decidir qué riesgos quiero tomar.

Nos miramos en silencio por lo que pareció una eternidad. Podía ver el conflicto en sus ojos, el miedo batallando contra el deseo, el deber profesional contra lo que sentía su corazón.

—No puedo pedirte que arriesgues tu futuro por esto —dijo al fin, su voz quebrándose en la última palabra.

—¿Por esto? —repetí, sintiendo una punzada de dolor ante su elección de palabras —. ¿Es eso todo lo que es para ti? ¿Un "esto"? Porque para mí es mucho más, Carmen. Para mí es... es amor.

La palabra quedó suspendida entre nosotras, pesada. Carmen pareció estremecerse, como si la hubiera golpeado físicamente.

Su mano se levantó como si quisiera acariciarme, pero se detuvo a medio camino.

Pude ver el momento exacto en que algo se rompió dentro de ella. La última barrera, el último muro de contención. Una lágrima escapó, deslizándose por su mejilla.

—Te amo. Y me está matando esta situación. Pero no veo una salida que no termine con una de nosotras, o ambas, completamente destruidas.

Mi corazón dio un vuelco al escuchar su confesión. A pesar del dolor, a pesar de la situación imposible, había una pequeña chispa de esperanza. Ella me amaba. Era un comienzo.

—Siempre hay opciones. Podemos esperar hasta que termine el semestre. Puedo cambiar de tutora ahora, para eliminar el conflicto directo.

—¿Y tu proyecto? ¿Todo lo que has trabajado?

—Encontraré la manera de adaptarlo —respondí—. O empezaré algo nuevo. No sería el fin del mundo. Solo es tiempo. Y tengo 24 años, toda la vida por delante.

Carmen apretó mi mano, como si necesitara un ancla física para no perderse en sus miedos.

—No quiero que sacrifiques tu trabajo por esto.

—Por nosotras —corregí—. Y no es ningún sacrificio si la alternativa es perderte por completo.

Nos quedamos así por un momento, nuestras manos entrelazadas. Finalmente, Carmen apoyó su frente sobre la mía.

—Tengo mucho miedo —confesó—. No solo de perder mi carrera. Tengo miedo de no ser lo que necesitas, de decepcionarte, de que un día te des cuenta de que no valía la pena tanto sacrificio por mí.

—Esa es mi decisión, ¿no crees? —respondí, permitiéndome por fin rodear su cintura—. Y si estoy dispuesta a correr ese riesgo, es porque creo que lo que podemos construir vale cada obstáculo.

La besé y cuando nos separamos, ambas estábamos temblando, aferrándonos la una a la otra como si temiéramos que alguna fuerza invisible pudiera separarnos de nuevo.

—¿Qué vamos a hacer?

—Primero, voy a cambiar de tutora —respondí con voz firme—. Eliminar el conflicto directo. Luego, seremos discretas hasta el final del semestre. Y después...

—Después veremos —completó ella, una pequeña sonrisa apareciendo por primera vez en su rostro—. Un paso a la vez.

Asentí, sintiendo que un peso enorme se levantaba de mis hombros. No sería fácil. Había obstáculos reales, riesgos verdaderos. Pero enfrentarlos juntas, con honestidad y confianza mutua, era infinitamente mejor que la alternativa.

Mientras caminaba hacia la salida, sentí las lágrimas secándose en mis mejillas. El dolor de la semana pasada comenzaba a disolverse, reemplazado por una determinación tranquila. El camino por delante no sería fácil. Habría sacrificios, ajustes, tal vez incluso más momentos de duda y miedo.

Pero ahora sabía, con certeza absoluta, que no estaría recorriéndolo sola.

Y eso hacía que todo valiera la pena.

Capítulo 14

Carmen

Dos semanas. Habían pasado catorce días interminables desde nuestra confrontación en mi despacho, desde que nos permitimos, finalmente, ser honestas sobre nuestros sentimientos. Catorce días de interacciones tensas, miradas furtivas en los pasillos, mensajes cuidadosamente formulados que evitaban cualquier contenido comprometedor. Durante este tiempo, me había sumergido en una misión silenciosa: encontrar una solución que no nos destruyera a ambas.

Las consultas con un abogado especializado habían sido angustiantes pero necesarias. Las conversaciones veladas con una antigua colega que ahora ocupaba un puesto en la junta directiva de la universidad. Las noches en vela revisando reglamentos, precedentes, opciones. Todo mientras sentía que caminaba sobre una cuerda floja, consciente de que cualquier indicio de nuestra situación podría desencadenar exactamente lo que intentábamos evitar.

La lluvia golpeaba con furia sobre mi paraguas mientras recorría las calles hacia su apartamento. No le había avisado de mi visita. Quizás temía que me pidiese más tiempo para pensar, más espacio para protegerse. O quizás simplemente no podía soportar un día más sin verla, sin explicarle que por fin había encontrado un camino.

Mi corazón latía desbocado cuando finalmente me encontré frente a su puerta. El agua goteaba de mi abrigo, formando un pequeño charco a mis pies. Respiré hondo y toqué el timbre.

La expresión de Lilith al abrir la puerta reflejaba una mezcla de sorpresa y temor. Llevaba unos pantalones de chándal grises y una camiseta holgada de la universidad. Su cabello estaba recogido en un moño desordenado, y sus ojos, esos ojos que me perseguían en sueños, se abrieron con alarma al verme empapada en su umbral.

—Carmen —susurró, como si mi nombre fuese una pregunta en sí mismo—. ¿Qué...?

—¿Puedo pasar?

Se apartó de inmediato.

—Por supuesto, entra. Dios mío, estás chorreando. Deja que te busque una toalla.

La seguí al interior mientras ella desaparecía rápidamente hacia el baño. Su apartamento estaba tan ordenado como siempre, con la excepción de la mesa del comedor, que rebosaba de libros y papeles. Estaba trabajando en su ensayo, probablemente. El ensayo que ya no supervisaría.

—Toma —dijo al regresar, ofreciéndome una toalla azul de tacto suave—. ¿Quieres quitarte el abrigo? Puedo colgarlo en el baño para que se seque.

Nos movíamos con una extraña combinación de familiaridad y distancia, como actores que han olvidado parte de su guion pero que intentan seguir adelante. Mientras me secaba el cabello y me quitaba el abrigo, podía sentir sus ojos sobre mí, llenos de preguntas que no se atrevía a formular.

—¿Quieres un té? Pareces helada.

—No, estoy bien. Necesitaba verte. Hablar contigo en persona de algo importante.

Su rostro palideció ligeramente, como si se preparara para recibir malas noticias. Se

sentó en el borde del sofá, su postura tensa, expectante.

—¿Te han despedido?

—He encontrado una solución —susurré—. O al menos, creo que es una solución. He solicitado una excedencia de un año para escribir un libro.

Elevó las cejas con sorpresa, pero no me interrumpió.

—Es un proyecto que he estado postergando durante años. Un análisis de la literatura femenina hispanoamericana durante periodos de represión política. Tengo un editor interesado desde hace tiempo, pero nunca había priorizado este trabajo sobre mis obligaciones docentes.

Hice una pausa, observando cómo procesaba esta información. Sus ojos reflejaban una mezcla de confusión y algo más, algo que no podía identificar por completo.

—No entiendo. ¿Te vas?

—Temporalmente —respondí, permitiéndome acercarme un poco más—. He hablado con el departamento. Mi excedencia comenzará al final de este semestre. Para cuando regrese de nuevo, tú ya habrás terminado el máster bajo la supervisión de otra persona. Y estarás comenzando tu doctorado, si eso es lo que decides.

La comprensión comenzó a iluminar su rostro, pero también apareció una sombra de preocupación.

—Carmen, no puedes... no puedes poner en pausa tu carrera por mí. Es demasiado.

—Lo mereces. Nuestra relación lo merece.

Me levanté, incapaz de mantenerme quieta mientras exponía el plan en el que había invertido cada minuto libre de las últimas dos semanas.

—Mientras esté de excedencia, no formaré parte del profesorado, al menos de manera oficial. No tendré estudiantes a mi cargo, no participaré en comités de evaluación. No habrá ningún conflicto ético entre nosotras.

Lilith se levantó también, dando un paso hacia mí.

—¿Cuándo has pensado en todo esto?

—No he pensado en otra cosa —confesé—. He consultado discretamente con un abogado. He revisado los precedentes, los reglamentos. Esta es la opción más limpia, la única que nos ofrece un camino hacia delante sin comprometer tu futuro académico o mi integridad profesional.

—Es un sacrificio enorme.

—No lo veo así —respondí, permitiéndome finalmente tomar su mano—. Veo una oportunidad. Para escribir el libro que siempre he querido escribir. Para explorar lo que sentimos sin la sombra de la ética académica sobre nosotras. Para construir algo real, a nuestro propio ritmo.

Entrelazamos nuestros dedos, un gesto simple pero profundamente significativo.

—¿Y después del año? —preguntó, su voz apenas un susurro.

—Después, regresaré a la universidad. Y tú serás una brillante graduada en camino a tu doctorado, quizás aquí, quizás en otro lugar. Y decidiremos juntas qué sigue para nosotras.

Una lágrima se deslizó por su mejilla, y no pude resistir el impulso de limpiarla con mi pulgar. El contacto envió una corriente eléctrica a través de mi cuerpo, recordándome cuánto había extrañado tocarla.

—¿Pero y tu trabajo? Has construido toda tu vida académica aquí.

—Mi trabajo seguirá ahí. Y si no, hay otras universidades. Lo que no puedo

reemplazar es lo que siento cuando estoy contigo. No puedo perderte.

La abracé con fuerza, inhalando el aroma de su champú, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío. Había soñado con este momento, con tenerla en mis brazos de nuevo, con la certeza de que habíamos encontrado un camino hacia adelante.

Enredó las manos en mi cabello aún húmedo, mientras las mías se deslizaban bajo su camiseta, encontrando la piel cálida de su cintura. No llevaba sujetador y sus pezones se marcaron de inmediato a través de la fina tela. Cada caricia era como redescubrir un territorio familiar. Cada suspiro contra mis labios era una confirmación de que esto, esto que habíamos encontrado juntas, valía cualquier sacrificio.

—Carmen —jadeó cuando mis labios descendieron por su cuello—. Necesito...

No necesitó completar la frase. Yo también lo necesitaba. Necesitaba sentirla completamente, celebrar esta nueva posibilidad que habíamos creado, sellar con nuestros cuerpos lo que nuestras palabras ya habían comenzado a construir.

La guié hacia atrás, hacia el dormitorio que ya conocía, sin romper el contacto. Tropezamos ligeramente, una risa compartida aliviando momentáneamente la intensidad entre nosotras. Pero la risa se transformó de nuevo en pasión cuando cruzamos el umbral y sentí sus manos desabrochando los botones de mi blusa con urgencia.

—Te amo —susurró contra mi piel mientras descubría cada centímetro recién expuesto—. Te amo, Carmen.

Sus palabras enviaron una ola de calor a través de mi cuerpo.

—Y yo a ti —respondí, tomando su rostro entre mis manos para mirarla directamente a los ojos—. Te amo de una manera que nunca creí posible.

Hicimos el amor sin prisas. Como si quisiéramos memorizar nuestros cuerpos desnudos, cada reacción a las caricias o a los besos. Entrelazamos nuestras piernas y la fricción de nuestros sexos, el modo en que se deslizaban uno sobre el otro, me pareció más perfecta que nunca.

Agotadas, satisfechas, tratando de recuperar la respiración, Nos tumbamos en la cama, enredadas en los brazos de la otra, nuestras piernas entrelazadas, nuestros corazones latiendo con un mismo ritmo. El mundo exterior, con sus reglas y expectativas, parecía increíblemente lejano. Aquí, en este santuario que habíamos creado, solo existíamos nosotras y la promesa de un futuro que ahora parecía posible.

—¿Dónde irás? —preguntó finalmente Lilith, rompiendo el cómodo silencio—. Para escribir tu libro.

—Estaba pensando en regresar a Chile por un tiempo —respondí, mis dedos dibujando círculos perezosos en su espalda—. Tengo familia allí, y muchos de los archivos que necesito consultar están en Santiago. Pero no estaré lejos todo el año.

—¿No?

—No —sonreí, besando su frente—. Planeo venir a visitarte. Y tú podrías venir a Chile durante tus vacaciones. Podría mostrarte los lugares que inspiraron a Mistral, a Bombal, a Allende.

Sus ojos se iluminaron con entusiasmo.

—Me encantaría eso —dijo, incorporándose ligeramente para mirarme—. Siempre he querido conocer Chile.

—Y cuando termine el semestre, antes de irme —continué, acariciando su mejilla—, podríamos pasar unas semanas juntas. Conocernos fuera del contexto universitario.

—Como una pareja normal —sonrió, y había algo tan encantador en su expresión

que tuve que besarla de nuevo.

—Como una pareja normal —repetí.

Epílogo

Lilith

El peso de la toga sobre mis hombros se siente extraño, como un disfraz de adulta que aún no estoy segura de merecer. A mi alrededor, una marea de birretes idénticos se mueve en la misma dirección mientras el decano Smith continúa llamando nombres. Cada vez que alguien sube al estrado, hay una pequeña explosión de aplausos y vítores desde algún rincón del auditorio.

Observo mis manos, no dejan de temblar a pesar de todos mis esfuerzos por controlarlas. No es por el discurso que tendré que dar como una de las graduadas con honores, sino por ella. Por Carmen, que ha vuelto de Chile esta mañana específicamente para estar aquí. Para ver mi graduación.

Un año. Ha pasado un año entero desde que nos separamos oficialmente para poder estar juntas. Suena paradójico cuando lo pienso de ese modo, pero fue la decisión más valiente y más sabia que pudimos tomar.

—Lilith Montero —la voz del decano interrumpe mis pensamientos y mi corazón da un vuelco.

Me levanto de un salto. Mientras avanzo hacia el estrado, no puedo evitar buscar su mirada entre el público. Y entonces la veo, en la quinta fila, con un vestido azul medianoche que resalta el tono dorado de su piel. Sonríe, y en esa sonrisa veo cada momento que hemos compartido durante este año imposible.

Las videollamadas diarias. Las primeras semanas fueron las más difíciles. Recuerdo una noche en particular, cuando le mostré la portada de mi primer relato aceptado por una editorial y ella lloró porque no podía abrazarme. A veces, la pantalla entre nosotras parecía una barrera insuperable. Otras veces, cuando leíamos juntas en silencio, cada una en su lado del mundo, sentía que no había distancia que pudiera realmente separarnos.

Las visitas furtivas. Cuando ella venía supuestamente para “consultar archivos” y yo la esperaba en un hotel cerca del aeropuerto. Cuarenta y ocho horas robadas al tiempo, en las que nos atrincherábamos en la habitación, alternando entre hacer el amor con urgencia y hablar hasta quedarnos dormidas.

La primera vez que fui a visitarla a Santiago. El asombro en su rostro cuando me vio aparecer frente su puerta. Una sorpresa que Lucía, su prima chilena, me había ayudado a organizar. Cómo me mostró la ciudad como si me estuviera entregando una parte secreta de sí misma, llevándome a lugares que habían formado su identidad mucho antes de que nos conociéramos.

Todo esto pasa por mi mente mientras cruzo el estrado. Recibo el diploma, estrecho las manos de los profesores, sonrío para la foto protocolaria. Pero mis ojos solo la buscan a ella.

Cuando regreso a mi asiento, la ceremonia continúa, pero yo apenas escucho nada. Porque aunque este día marca el fin de mi etapa universitaria, lo importante es que marca también el principio de algo nuevo. Algo que hemos estado construyendo pacientemente durante este año de sacrificios y aprendizajes.

Porque Carmen tenía razón. La distancia no solo nos protegió del escándalo académico; también nos dio espacio para crecer de manera individual. Para encontrar nuestra propia voz antes de intentar armonizarlas en un dueto permanente.

Carmen

La veo avanzar hacia el estrado y algo se contrae en mi pecho. Es orgullo, sí, sin duda alguna. Pero también una emoción más compleja que no sabría nombrar exactamente. Quizás es la confirmación de que todas las decisiones difíciles, todos los sacrificios que hemos hecho, han valido la pena.

La observo recibir su diploma, tan elegante, tan segura de sí misma que consigue que mis ojos se llenen de lágrimas. Es difícil reconciliar esta mujer con la estudiante nerviosa que entró a mi despacho hace año y medio. Ha florecido durante nuestra separación. Ha publicado tres relatos en revistas literarias de primer nivel. Ha sido aceptada en dos programas de doctorado prestigiosos. Y aunque me halaga pensar que he contribuido a ese crecimiento, sé que el mérito es enteramente suyo.

Recuerdo nuestra última videollamada, hace tan solo tres días. Cómo me dijo, con esa sonrisa traviesa que tanto amo: "doctora Vega, creo que va a tener que acostumbrarse a verme como una colega ahora". Y aunque era una broma, sentí una ola de orgullo tan intensa que casi me ahogó. Porque ese es precisamente el futuro que queremos construir: uno donde podamos amarnos como iguales, sin las sombras del poder académico entre nosotras.

Mis dedos acarician inconscientemente el pequeño estuche en mi bolso. Dentro hay una llave. No solo la llave de nuestro nuevo apartamento en el distrito universitario, sino la llave a nuestra nueva vida juntas.

Cuando termina la ceremonia, hay un caos organizado de abrazos y fotografías. Familias buscando a sus graduados, amigos gritando nombres. Me mantengo a una distancia prudente, esperando. No tenemos que fingir más, pero tampoco queremos hacer un espectáculo. No después de todo lo que hemos pasado para llegar aquí.

Finalmente la veo acercarse, abriéndose paso entre la multitud. Y aunque intento mantener la compostura profesional, no puedo evitar abrir los brazos cuando llega hasta mí.

—Felicidades, preciosa —susurro a su oído mientras la abrazo, permitiéndome sostenerla un poco más tiempo del que sería estrictamente apropiado.

—Aún me queda el doctorado —ríe contra mi cuello.

—Es cuestión de tiempo. Estoy muy orgullosa de ti —suspiro tratando de no llorar.

Sus ojos brillan y sé que está pensando lo mismo que yo: en todo lo que hemos superado para llegar a este instante. En cómo, hace exactamente un año, pensábamos que tendríamos que elegir entre nuestro amor y nuestras carreras.

—¿Vendrás esta noche? —pregunta, refiriéndose a la presentación de la antología donde aparece su primer relato publicado con una gran editorial.

—Sabes que no me lo perdería por nada de este mundo —le aseguro, apretando suavemente su mano—. Ah, tengo una pequeña sorpresa para ti.

—¿Más sorpresas? —me dedica una sonrisa con ese brillo pícaro en los ojos que me vuelve loca—. Tu regreso anticipado ya fue suficiente.

—Esta te gustará —prometo—. Pero tendrás que esperar hasta esta noche.

Lilith

La librería está abarrotada. Jamás imaginé que tanta gente vendría a la presentación de una antología de nuevos escritores, pero aquí estamos. Mis manos no dejan de temblar mientras sostengo una copia del libro, pasando las páginas hasta encontrar mi nombre. "Cicatrices Invisibles", por Lilith Montero. Veintitrés páginas que contienen tanto de mí que a veces me pregunto si no he sido demasiado imprudente al exponerme de este modo.

Aunque el relato no habla explícitamente de Carmen, cada línea está impregnada de nuestra historia. La protagonista, una restauradora de arte, se enamora de una pintura prohibida, escondida durante décadas. La metáfora no es sutil, pero funcionó lo suficientemente bien para que el editor la aceptara sin dudar.

Desde el pequeño escenario improvisado, busco su rostro entre el público. La ansiedad crece en mi pecho cuando no la veo.

Y entonces la encuentro. Está en la parte posterior, llegando en ese preciso instante, su rostro ligeramente enrojecido como si hubiera estado corriendo. Nuestras miradas se encuentran y sonríe, esa sonrisa que parece pedirme disculpas y al mismo tiempo prometerme el mundo.

El editor comienza a presentarnos, uno por uno. Somos cinco escritores noveles, unidos solo por esta publicación y por la amenaza común del fracaso literario. Cuando llega mi turno de leer, mis ojos buscan automáticamente los suyos, como si necesitara su permiso o su bendición.

Y tal vez es así. Tal vez, a pesar de todo mi crecimiento, de toda mi independencia, todavía anhelo su aprobación. No porque sea mi antigua profesora, sino porque es la única persona que entiende de verdad lo que hay detrás de cada palabra que escribo.

El relato habla sobre pérdida y redescubrimiento, sobre el valor de preservar lo que parece condenado. Pero también trata sobre la transformación. Sobre cómo el amor verdadero no te cambia, sino que te revela tu verdadero yo.

Y eso es lo que Carmen ha hecho por mí. No me ha moldeado a su imagen o según sus expectativas. Me ha ayudado a descubrir quién soy realmente, a reconocer mi propio valor. A encontrar mi voz como escritora y como mujer.

Cuando termino de leer, hay un momento de silencio antes de que estalle el aplauso. Busco a Carmen de nuevo y observo que se limpia discretamente una lágrima. Y ese pequeño gesto, esa vulnerabilidad que solo yo puedo ver en medio de una habitación llena de extraños, me recuerda por qué vale la pena luchar por este amor.

Carmen

Mientras lee, su voz es hipnótica. Siempre lo ha sido, desde aquellas primeras discusiones en clase, cuando desafiaba mis interpretaciones con una mezcla de timidez y osadía que me dejaba sin aliento. Pero ahora hay algo nuevo en ella: una seguridad tranquila, un dominio del ritmo y la cadencia que transforma sus palabras en música.

Escucho embobada su relato, aunque ya lo conozco de memoria. Lo leí en cada una de sus etapas: el primer borrador que me envió por correo, demasiado nerviosa para mostrármelo por video; la segunda versión que discutimos durante horas en el hotel; la revisión final que me leyó en voz alta en Santiago.

Cada frase contiene un recuerdo, una conversación, un mensaje cifrado que solo nosotras entendemos.

Cuando termina, aplaudo con un orgullo desmedido. Durante la breve sesión de preguntas y respuestas, observo cómo se maneja con elocuencia y humor. No puedo evitar pensar en lo mucho que ha cambiado. Tras la presentación, me acerco a ella. Está rodeada de personas que la felicitan. Espero mi turno, paciente, disfrutando de verla brillar. Cuando finalmente me ve, se disculpa con los demás y viene hacia mí.

—Estuviste magnífica —le aseguro, deseando poder besarla aquí mismo, pero conformándome con un abrazo que intenta parecer casual.

—Pensé que no llegarías —responde, con un ligero reproche en su voz.

—Lo siento. La reunión se extendió más de lo previsto.
—¿Qué reunión? —pregunta, confundida.
Sonrío, disfrutando momentáneamente de mi pequeño secreto.
—Parte de la sorpresa que te mencioné —explico, y antes de que pueda interrogarme más, saco el pequeño estuche de mi bolso—. Quería darte esto más tarde, en privado, pero no puedo esperar.
Lilith toma el estuche, mirándome con una mezcla de curiosidad y expectación. Cuando lo abre y ve la llave, su expresión cambia a una de desconcierto.
—¿Qué es esto?
—La llave de nuestro nuevo hogar —respondo, bajando la voz aunque no hay nadie lo suficientemente cerca para escucharnos. Un apartamento cerca de la universidad para que no pierdas tiempo en los desplazamientos en tu doctorado.
—Pero... ¿cómo? ¿Y el trabajo que te ofrecieron en Santiago?
—Ese es el resto de la sorpresa. Vuelvo a mi antiguo puesto. A enseñar literatura Latinoamericana a los alumnos del máster. Viviremos juntas. Estaré a tu lado.
—Eso significa que...
—Que no habrá conflicto de interés —confirmo.
Lilith mira la llave en su mano como si fuera algo precioso y frágil.
—¿Estás segura? —pregunta, y sé exactamente a qué se refiere.
No está preguntando por el apartamento, o incluso por el trabajo. Está preguntando si estoy segura de ella, de nosotras, de este compromiso que ahora será público.
—Nunca he estado más segura de nada en mi vida —respondo sin dudar.